

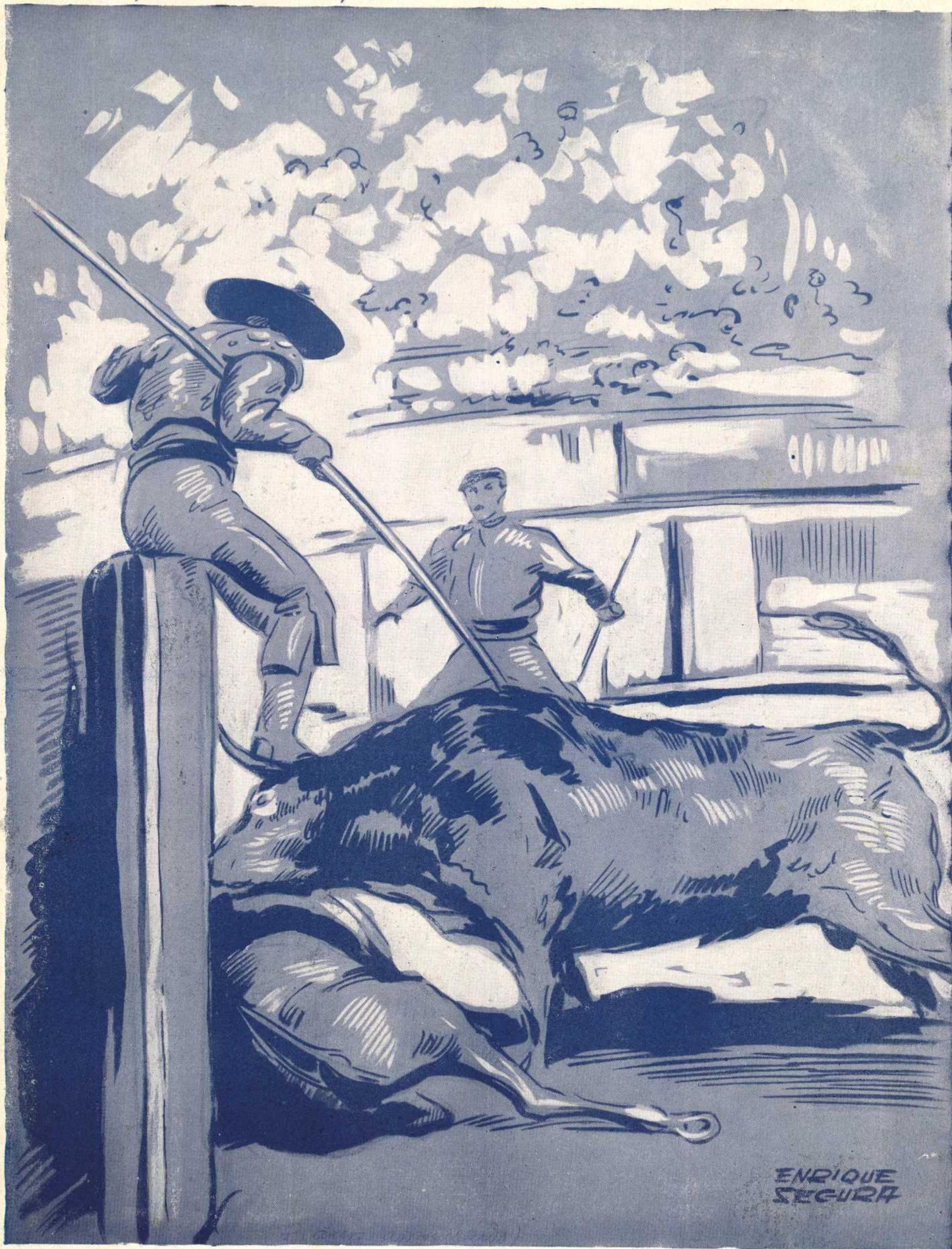
El Ruedo



2

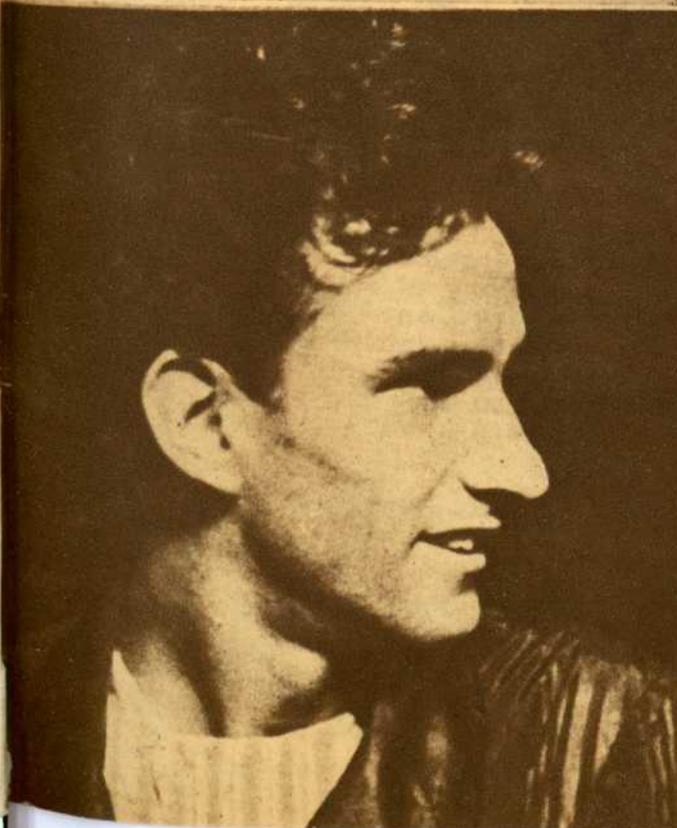
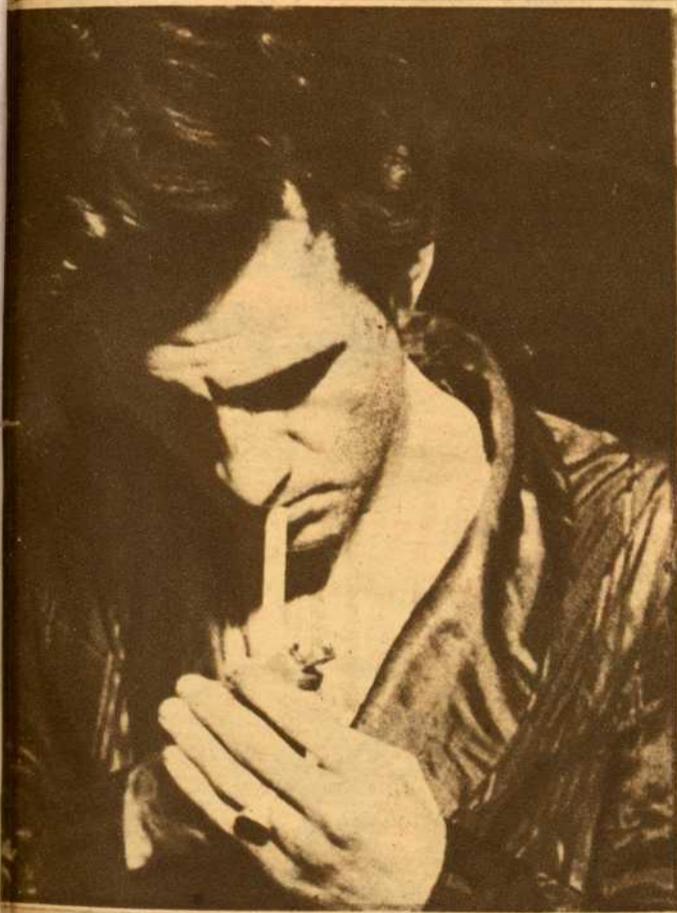
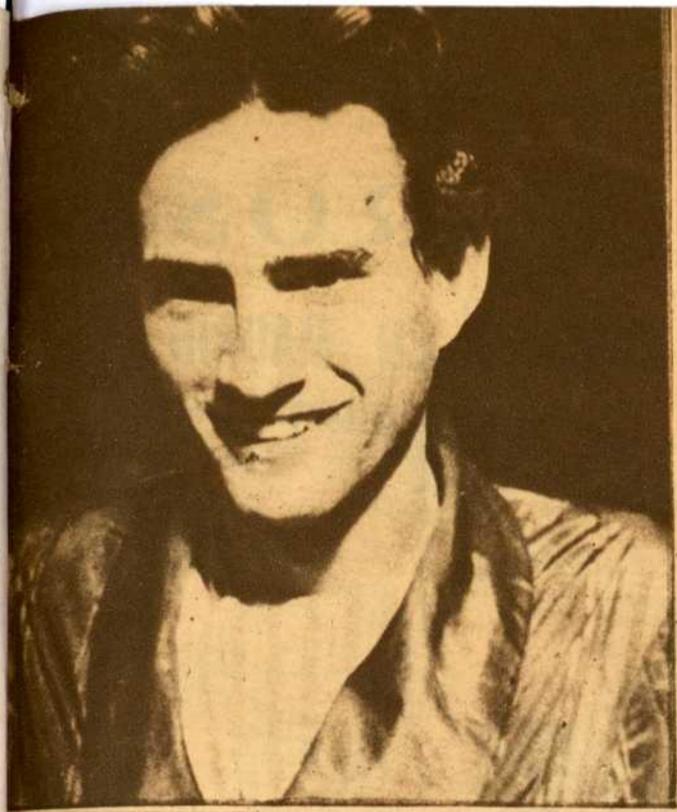
Ptas.

JAAVEDRA



Piquero aprovechado

(Dibujo de Enrique Segura.)



ARRUZA
en su primer día
de convalecencia

El diestro mejicano, visto por nuestro fotógrafo, momentos después de abandonar breves instantes el lecho

(Fot. Actualidad)

EL LAPIZ EN LOS TOROS

DE LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID

Por ANTONIO CASERO



Dos lances de Andaluz en el sexto toro que fueron largamente ovacionados

Media verónica de Escudero, y el mismo diestro en dos momentos de la gran faena realizada con su último toro

ANTONIO CASERO

21



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



PANICO en las bolsas taurinas, es decir, en las empresas.

Las bajas de Manolete y Arruza han producido el trastorno. Los pamplonicos en sus Sanfermines —Rafael García Serrano lo ha contado con su habitual donaire en *Arriba*— se han quedado en familia, aunque el día del Santo hayan alcanzado, dice, «el carnet de familia numerosa». La empresa valenciana reajusta los carteles de su feria monumental, en los que Arruza sí figurará, restablecido ya de su herida, y aun así no se les sienta la camisa al cuerpo a los señores Alegre y Puchades, según dicen lenguas. Y varios

programas sueltos se deshicieron como sal en el agua, comenzando por el de nuestra grandiosa corrida, suspendida hasta septiembre como cualquier chico desaplicado.

Montar corridas a base de un par de diestros de máximo acontecimiento fué norma de todas las empresas de todos los tiempos; pero montar toda una temporada, estimo yo, muy particularmente, desde luego, que es excesivo. Y muy peligroso para las empresas y para el público. El peligro para las empresas es la ruina, cosa después de todo sin importancia en cuanto pueda afectar a la fiesta, ya que otras surgirían a probar fortuna; pero el peligro para el público, que consiste en fatigarlo y agotarlo, redundaría en evidente perjuicio de la fiesta.

Este mes de julio va a ser, lo es ya, un filón de experiencia. Sólo la empresa y el público de Madrid van a salvarse; la primera porque no se le ha deshecho combinación alguna, y el segundo porque está acostumbrado a cifrar sus ilusiones de aficionado —¡qué va a hacer él!— en carteles más modestos, más corrientes, cuando no vulgares o infimos.

Y el caso es que ha quedado bien patente, con el resultado del cartel del último domingo, que es posible divertirse en los toros por precios relativamente módicos, y digo relativamente porque así fueron comparados con los de casi todas las corridas celebradas este año, aunque no con los de años atrás, no muy atrás, por cierto.

Parece, sin embargo, que se nos promete aún dos semanas moviditas en las Ventas con espectáculos interesantes y, en consecuencia, más costosos; pero no se alarmen: Manolete y Arruza sufren aún las consecuencias de las cogidas, aunque no falten quienes hagan cábalas sobre la reparación del mejicano al año justo de su presentación en Madrid.

Señores extendidistas. Me honra mucho la atención con que me leen. Contestaré particularmente sus dos cartas; pero quiero decirles a ustedes aquí que no hay contradicción entre los pregones 52 y 54. Las voces intemperantes me parecen mal siempre y sobre todo en ciertos momentos en que una vida, sea de quien sea, corre peligro. En cambio, el silencio, aconsejado también en otros pregones anteriores, me parece una terrible arma de protesta; porque si estamos protestando siempre del toro chico y luego resulta que nos pone en pie y hasta nos deja afónicos una faena realizada con él, los más directamente afectados se dicen satisfechos: esto es lo que nos conviene.

EL RUEDO no tiene compromisos con nadie y sus páginas, como pueden comprobar cada semana, están abiertas a todas las opiniones.

J. L.

Año II -- Madrid, 11 de julio de 1945 -- Núm. 56



CONCHITA CINTRON

La bella rejoneadora que ayer alcanzó un extraordinario triunfo en la Plaza de Vista Alegre, con motivo del festival del Regimiento de Automóviles de la Reserva general. Conchita Cintrón cortó las dos orejas de sus toros, después de dos magníficas faenas de muleta. (Fots. Molina)

La corrida del domingo en MADRID



TOROS DE SANCHEZ FABRES, HERNANOS, PARA FERMIN RIVERA, ANDALUZ Y MANOLO ESCUDERO

La semana en las Ventas

Ha vuelto Pepe Luis Vázquez



Fermin Rivera, que confirmó la alternativa

DOS corridas de toros en la Monumental. En la del viernes lidiaron toros de Atanasio Fernández —los seis toros que se habían elegido para la corrida de la Asociación de la Prensa— Ortega, Garza y Pepe Luis Vázquez; en la del domingo, Fermín Rivera, El Andaluz y Manolo Escudero se las entendieron con seis reses de Sánchez Fabrés. Las dos corridas fueron interesantes. Queda de la segunda el recuerdo del sexto toro y el éxito logrado por El Andaluz y Manolo Escudero. De la primera, la agradable confirmación de que Lorenzo Garza sigue siendo una gran figura que no

ha perdido valor, ha ganado en conocimientos y ha depurado su estilo, y la realidad esperanzadora de la vuelta a la senda que le llevó a los mayores triunfos del sevillano —y sevillanísimo— Pepe Luis Vázquez.

El lector conoce ya lo que la crítica ha dicho de la última actuación del torero del barrio de San Bernardo. No pretendemos ahora dar nuestra opinión sobre lo que el mozo logró en nuestro ruedo. Recordemos, sí, que la crítica madrileña reconoció unánimemente la calidad extraordinaria de todo lo que Pepe Luis hizo con los toros de Atanasio Fernández. Si se hubieran recogido en un noticiario cinematográfico cada uno de los momentos en que Pepe Luis Vázquez intervino, se tendría ahora, para exhibirla en una posible escuela de tauromaquia, la explicación de la más completa y perfecta lección sobre el auténtico arte de torear con capote y muleta.

Se han dicho muchas cosas acertadas y se han hecho bellas frases al comentar la actuación de Vázquez en Madrid. Pepe Luis fué en otro tiempo el torero que más corridas contrató en España. Luego vinieron otros lidiadores que lograron ocupar los primeros puestos mientras Pepe Luis cedía posiciones. Creyeran algunos que el sevillano, después de la cogida de Santander, era torero acabado que sólo se preocupaba de sacar el mayor provecho económico posible del nombre que años atrás logró. El viernes demostró lo contrario. Pepe Luis —nunca lo había hecho con tanta decisión, ni en su época de novillero— se «enfadó» con los toros, se «creció» con ellos cuando hizo falta, supo disputarles el terreno cuando tal cosa era precisa y darles las querencias que necesitaban para torearlos bien. Vimos el viernes a un Pepe Luis Vázquez que si en verdad no buscaba la cornada nada hacía por rehuirlo. Eso, en un torero como él, significa que ha decidido recuperar el puesto que conquistó en abierta pelea con las primeras figuras. Si es como creemos y Pepe Luis quiere luchar con los mandones del toreo, felicitémonos. La fiesta y los aficionados estaremos de enhorabuena.

B.



Momento de devolver los trastos al mejicano a Andaluz



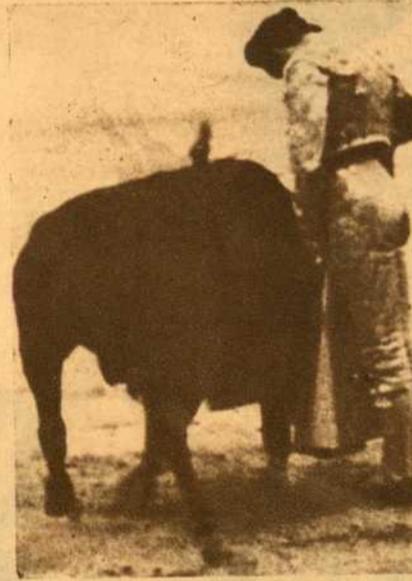
Fermin Rivera toreando a la verónica



Andaluz toreando de muleta a su primero



Andaluz rematando un quile con media verónica



Escudero toreando de capa al primero de los suyos



Un natural del madrileño en el toro que cortó oreja



Otro momento de la faena de Escudero al sexto



Andaluz en la faena de muleta de su segundo (Fots. Baldomero)

DESPUES DE LA CORRIDA

El Andaluz opina que sus toros salieron mansos y con nervio — ¡Al fin tuve la suerte de que me tocara un toro a mi gusto!, dice Manolo Escudero. — Todas mis ilusiones en esta tarde me las echaron por tierra el mal estilo del lote que me correspondió, afirma Fermín Rivera



Fermín Rivera en el cuarto toro, en un final de rodillas

mal, del que casi me atrevería a afirmar que sus conocimientos taurinos no le van en zaga a su experiencia clínica.

Mientras los visitantes hablan y se emocionan recordando las proezas de su favorito, éste escucha en silencio desde el lecho las justas alabanzas que le dedican.

Al tratar de inquirir cierta laxitud, que me parece observar en el diestro, me habla Escudero de una dolencia de tipo gástrico que desde hace varios días viene mermando sus facultades.

—Vea usted — continúa — el estado tan deplorable: con el que hice el paseillo esta tarde. Pero se trataba de torear en Madrid, y había que salir por encima de todo.

—¿Pero ahora estará contento de haberse vestido el traje de faena?

—Satisfecho, aunque no del todo. Para redondear el triunfo en una Plaza de la categoría de Madrid precisaré estar lucido en ambos toros.

—Pues tu labor en el sexto bien vale por la de muchos toros de esta temporada. Y esto te lo digo yo, que sabes no he sabido nunca darte

“coba”—añade Zumel, al tiempo que con la vista interrogadora a ver quién de los presentes se atreve a replicarle.

—De lo que sí estoy contento — prosigue Escudero — es de que, ¡al fin!, hoy me haya correspondido un toro manejable.

Ocho corridas llevaba en Madrid de matador de toros, pechando con busayadas y toros mal encastados.

—Esa faena tuya — dice su interlocutor — en otros tiempos, te hubiera servido para colocarte en la primera fila de la totería...

—Y en cambio, ahora, hay que repetirlos todos los días para poder percibir veinte mil duros por corrida — exclama, sentenciosamente, el héroe de la jornada.

RIVERA

Fermín demora unos instantes las abluciones de ritual después de la corrida para no hacerme esperar.

Desde mi época de aprendizaje venía almacenando ilusiones alrededor de mi presentación en Madrid para venir a estrellarse con el mal estilo de los toros que hoy me correspondieron. El primero acabó como había empezado: proporcionando terribles coladas por el lado derecho, y por ley

natural en esta clase de ganado, conforme avanzaba la lidia se fue poniendo más difícil. El segundo aun sacó por embistida, y al no poder hacerle el toreo, hubo de aligerar todo lo posible. ¡No hay más remedio que tener paciencia y aguardar mejor oportunidad!

El torero de San Luis de Potosí se deshace en alabanzas de la afición madrileña, y concluye afirmando su decidido propósito de justificarse en la primera coyuntura que se le presente.

F. MENDO

EL ANDALUZ

Por esta vez llego al hotel con cierta antelación a los numerosos amigos del torero. En el dormitorio de éste, su tío y el apoderado, que, al igual de otras tardes, optaron por permanecer alejados del ambiente pasional de la Plaza, van enterándose, por Manolo, de los pormenores de la corrida.

—Los toros — apunta El Andaluz — han salido con detalles de mansos y con un nervio excesivo.

—A eso le llamo yo casta mal repartida — dice el caballeroso y formalote administrador del torero.

—A mi primero — continúa el espada — procuré sacarle todo el partido que tenía; pero, como vió el público, el bicho no se daba torrar y, por afinadura, cortaba una horror por el lado izquierdo.

El segundo toro no hizo honor a su bonita lámina y vino a resultar el más peligroso de la corrida. Sufrí dos coladas al intentar darle una betigerancia que no merecía, por lo que decidí abreviar con el mayor decoro posible.

—¿Salí usted contento de la forma de enjuiciar el público su labor?

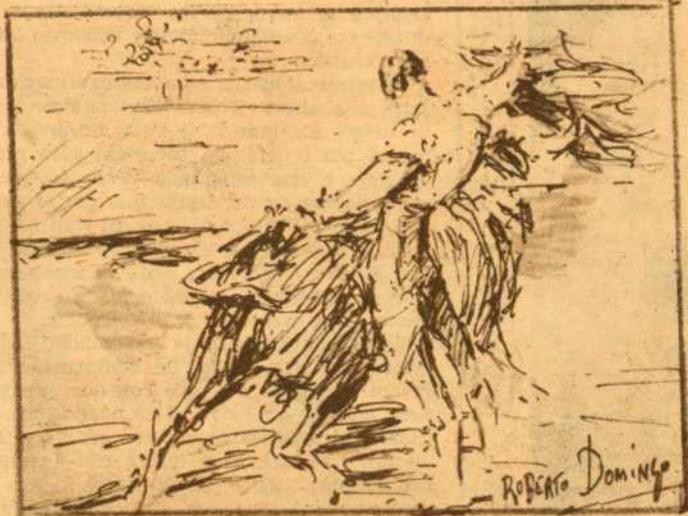
—Tan agradecido a sus alentadoras palabras de afecto quedé, y tan deseoso estoy de poderlo compartir, que no he de parar hasta conseguir esa tarde apoteósica, en la que pueda exhibir un huracán de arte, valor y dominio.

Al acompañarme hasta la escalera el primero de esta dinastía torera, bajando la voz como si no quisiera hacers oír del sobrino, me susurra:

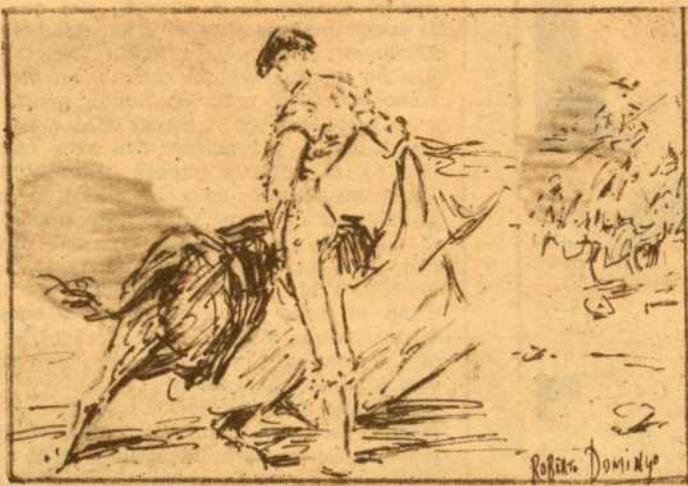
Al Andaluz sólo lo conocen en Madrid por atisbos, a través de detalles sueltos. Pero día llegará en que hasta las plazas de Madrid ensalcen su labor..., y si no, al tiempo.

MANOLO ESCUDERO

La maroma del diálogo mantiene tenso su interés en el dormitorio del torero. Lleva la voz cantante el doctor Zú-



Andaluz en el segundo, en un pase forzado por alto



Manolo Escudero toreado a la verónica en el sexto. (Apuntes de Roberto Domingo)

Banderillas de fuego

Por Cruz Ernesto Franquet



Es a trayente imaginar el día en que los monosabios se visitan de personas normales.

Manolo Escudero cuando el sexto de la tarde salió por los chiqueros, debió meditar profundamente.

Por ahí, Escudero comprendió que hay que dejar una huella, en ese viaje del éxito, que la memoria olvida.

Y Escudero, de la huella, hizo un surco en el ruedo de la Monumental.

Andaluz saluda con la oreja que cortó a su primero

Fermín Rivera dormía un sueño de triunfos... Y el sueño de su primero...

No sé quién, a su lado, susurró: “Un torero debe sufrir con su suerte y no sentir la caída de su ilusión primera”.

Ante aquel sexto toro de la tarde el público volvió al tópico, y se demostró que vivimos una época tal de individualismos, que ya no se habla nunca de discípulos: se habla de “ellos”..., de los que no están presentes.

El individualismo conduce a la soledad.

Es de una claridad meridiana.

El toro lo único que no soporta son los capotazos de los subalternos.

El Andaluz, ese muchacho sencillo y modesto, que vimos en la Plaza de las Ventas, es un gran torero. En la faena de su primero señaló un rumbo.

Y en su brindis, muy emocionado, dijo: “Yo no pido ninguna admiración; tan sólo quiero ser creído”.

Podía haberlo dicho él...

Esos señores que absurdamente discuten los triunfos de los toreros y que se atreven a cruzar el fango de sus pitos entre las ovaciones ensordecedoras, me recuerdan a esas señoras que van de compras, que regatean los precios, y que al final siempre creen que han pagado demasiado.

El banderillero, cuando lleva al maestro alguna oreja de más,



Y los aplausos que man tracas de júbilo en los tendidos, le dice: “Maestro, sea usted valiente y dé a esta oreja y a estos aplausos una vuelta de favor por el ruedo”.

El Andaluz, que hizo un quite maravilloso en el sexto toro, le descubrió la faena a Escudero.

Y Escudero, encelado, hizo otro quite inmenso, que remató con media verónica, colosal.

Escudero dando la vuelta al ruedo con el toro que cortó oreja

UN PICADOR DE TOROS

LA SUERTE DE VARAS

Por JOSE CARLOS DE LUNA



—¿Qué es usted?
—Picador.
—¿Pica... qué?
—Picador.
—¿Y qué es lo que pica? ¿Piedra?
—¡Yo pico toros!... ¡Toros!
—¡Ah! Es usted tablero.
—Soy picador de toros de lidia! ¿Está usted? Le pico los toros a Fulano.
—¡Acábrame, hombre! No le había reconocido con ese sombrerito

flexible, color de miel, y su traje de esterilla. Usted es uno de esos centauros de guardarrapia que zamborean perñirrados, con su calzoncillo de ante pajizo y la casaquilla curtida de años y de pringue. ¡Claro! Discúlpennos. Teníamos del picador de toros un concepto tan equivocado como legendario. El picador de toros, a la vieja usanza, era un buen jinete, y cifraba la gloria de su trabajo en la técnica de trascendental interés para los tercios de hincimiento que seguían al de su actuación, dura y comprometida. Se jugaba el pellejo con honrra y modestia tantas cuantas veces se enfilaba con el bruto. Colaboraba en la fiesta nacional con el interés y la estimación de los buenos aficionados, que no le escatimaban los aplausos, porque conocían la importancia de ese primer tercio que se llamó de varas, y ante el que se tapaban los ojos las damas y currutacos extranjerizos. Encabezaba la nómina de la cuadrilla; y ya más que maduro, madurado a fuerza de trastazos y caídas, regía un colmado, aperaba una huerta o se acomodaba honorablemente bajo la férula de un ganadero, gran señor, si no supo o no pudo ahorrar un puñado de pesetas. Era el personaje más simpático y respetado entre los componentes de la cuadrilla y el más querido y chachacado del matador, que, ¡tantas veces! requería sus consejos.

Serio, formal y silencioso, acudía puntualmente a la prueba de caballos, cuando la práctica de picar exigía reconocer sus aptitudes, a sabiendas de que sobre sus lomos se jugaban algo más que el sueldo: la vida y la dignidad profesional.

Fornido y pesadote, también cuidó de su atuendo, porque era blanco de las miradas y de la curiosidad.

La capital importancia de su oficio, tan personalísimo como desprovisto de adobos y ringorringos, lo situaba en un plano de respetuoso aprecio, al que él correspondía con desinteresada nobleza. Jamás rebasó sus obligaciones, porque tampoco cabían en ellas las argucias.

Conocía el arma de su defensa —la garrocha—, y con ella en ristre, afrontaba la acometida, fijos los ojos en los rubios para no marrar a cuenta del tope de limoncillo y quedarse sin el punto de apoyo que mitigara el costalazo. La necesidad de picar en corto, para contener presionando sobre el cuarto delantero, no le dejaba tiempo ni ocasión para pensar en otras cosas.

¿Por qué se distanciaron tanto de su obligación los actuales varilargueros? No es difícil contestar a la pregunta bajo ninguna de las curiosidades que la determinan.

En primer lugar, no es justo achacar a los petos la modalidad al uso. Que si ellos anulan los crueles instintos del toro porque los convierten en ineficaces, no determinan que los asuma el hombre, armado con un lanzón, que a costa de sapreñiva también es barrana.

Preside esta moda —que no modo— de picar: Primero, el conocimiento de la endeblez del enemigo, que deja hacer porque no tumba. Segundo, el preconcibido deseo del matador de entendiérselas en el momento supremo con una masa de carroña inerte que acomete por atavismo, enloquecida de dolor y ciegos ya los instintos por la agonía. Y tercero —y esto es lo más triste e inexplicable— la torpe mansedumbre de un público toreril y sensiblero, que no corra las indignaciones de las minorías entendidas.

En fin; se repite con deplorable frecuencia el caso de que es el propio matador el que pide a la Presidencia el cambio de suerte! La Presidencia, fiel trasunto de la afición moderna, que en la mayoría de los casos no castiga la crueldad superlativa de los picadores, porque todo le parecerá poco —digo yo— para que el torete no sea, a la hora suprema de las alharacas y desplantes, sino eso que ya dijimos: una carroña a punto de morir por cuenta propia.

AL VOLVER

El primer traje de luces de GARZA en España



Cuatro momentos del acto de vestirse por primera vez de luces en España Lorenzo Garza (Fots. Mari)

EL PLANETA DE LOS TOROS

LA CONCESION DE OREJAS

Por ANTONIO DIAZ CAÑABETE



El otro día me decía un torero modesto:

—¿Quién habrá sido el inventor de conceder orejas? ¡Menuda faenita nos hizo a los toreros! ¿Has visto cómo está esto del toro? La gente no pregunta: ¿cómo ha estado el Maná no?, sino ¿ha cortao orejas? Y si no ha cortao orejas, ya puedes decir que toreó mejor que Lagartijo, que no te lo creen. Estamos todos enviciados. Ahora ya piden orejas hasta poniendo banderillas. Y si la faena ha sido de estas de relumbrón, que tanto gustan ahora, ya puede el torero tirar la espá al chaleco, o que le salga por un brazo, que la oreja no se la quita nadie. ¡Vamos a tener un poquito de formalidad y de sabor, y de saber de

toros, y vamos a dejarnos las orejas para guisarlas con judías, que están ¡pero que muy ricas!

Tiene razón mi amigo. Es evidente el abuso en la concesión de orejas. La oreja, de ser galardón concedido a la faena completa y lograda, coronada por la estocada en los rubios, ha pasado a ser premio otorgado a cuatro pinguis, un pinchazo y un descabello. Es inaudita esta benevolencia, precisamente en esta época de enorme carestía de las localidades. A mayor exigencia de los toreros, menor en el público. No ya en provincias, donde de siempre la gente que sólo ve la o las corridas de feria, a lo sumo tres o cuatro al año, ha sido más benévola y bonachona, sino aquí, en Madrid, cuyos aficionados han sido siempre el terror de los toreros, los espectadores acuden a la Plaza dispuestos a aplaudir faenas vulgares, lances sueltos, ratimagueros y excentricidades.

Muchos achacan esta transformación a la gran cantidad de mujeres que ahora llenan los tendidos, las gradas y las andanadas. No lo niego. Es indudable esta influencia femenina, inclinada siempre no ya por ignorancia taourina, sino por ingénita bondad, al aplauso propicio e impremeditado. Pero es que los hombres no les van en zaga. Se me puede argüir que por el arrastre que supone el entusiasmo mo mujril. Pero no lo creo. Al contrario. Es más, lo he observado una tarde y otra. El marido, por ley natural, lleva la contraria a su mujer. El novio se sonríe ante la ingenuidad de la novia, y para mostrar su suficiencia se mete las manos en los bolsillos. No nos engañemos; las ovaciones y el tremolar de pañuelos parten de los hombres. Indudablemente la sensibilidad del aficionado de hoy no es partidario de la tragedia. Se conforma con todo, con el toro chico, sin fuerza y sin pitones, que con dos puyazos y un par de banderillas, y más muerto que vivo, d'ringado, sin apenas poderse tener en pie, pasa a la jurisdicción del matador, y como el diestro se acerque, cosa no tan temeraria y peligrosa como muchos creen, se rompen las manos aplaudiendo, y por la noche tienen agujetas en el brazo derecho de tanto agitarlo en el aire con el paño lo extendido.

Uno no tiene más remedio que aceptar, aunque no compartir, esta manera de juzgar la labor de los toreros. Pero convengamos en que esto nada tiene que ver con la fiesta de toros. Los toros se han convertido en un espectáculo divertido, pero no emocionante; por lo menos, con el sentido de la emoción con que aprendimos a verlas los que llevamos muchos años presenciando corridas. Sea ello en buena hora. Inclinémonos ante la realidad, pero con una condición; con la de que no se nos diga que estamos en presencia de una época del toro como no se ha conocido nunca, porque esta monstruosa inexactitud —dicha por tierra, sin la menor base, a tanto torero como en otros tiempos lucharon y vencieron con arte, valor y maestría a toros hechos con fuerza, kilos y pitones, transmitiendo a los públicos la auténtica e insustituible emoción, que es la esencia sin evaporación posible de la fiesta de toros. Ensalcemos, aplaudamos, oreje mos el toro moderno, pero apreciemos al mismo tiempo su limitación. Una limitación para mí decisiva y trascendente. La falta de enemigo. La falta del toro. Y el toro es lo que convierte a la fiesta en algo único y grandioso. El torito la trastrueca en un bonito espectáculo, capaz de producir sonrisas y entusiasmo; pero nada más. Esto se me podrá decir que es mucho, y yo lo concedo; pero lo otro, la fiesta de toros, es bonita y, además, sublime.

Después de todo, qué más da. La cuestión es pasar el rato, y el rato lo pasan divinamente los espectadores que colman las Plazas y llenan de orejas a los matadores. Y no digo que siga así el asunto porque mi punto de vista es otro. Confío en que todo esto que está sucediendo en los toros será pasajero; que algún día volverá el toro por sus fueros y se concederán menos orejas, porque el verdadero toro no se las deja cortar con tanta facilidad.

Pero, después de todo, qué más da. ¿No les parece a ustedes? Al fin y al cabo, es muy bonito eso de tanto pañuelo, venga a subir y bajar en el aire, dando lugar a que los temperamentos poéticos, que nunca faltan, digan eso, que parecen palomas revoloteando, o que la nive de la gloria llena la Plaza. ¡Pues claro, sí, señor! Al fin y al cabo, siempre se ha dicho ¡al toro, que es una mona! Y, sobre todo, para lo que sirve que se ponga uno serio y escriba y vocifere que sí patatán, que sí patatán, que lo mejor es pedir también la oreja; ahora, que me permitirán ustedes que la pida, como mi amigo, rodeada de judías.

EL VIERNES, EN MADRID

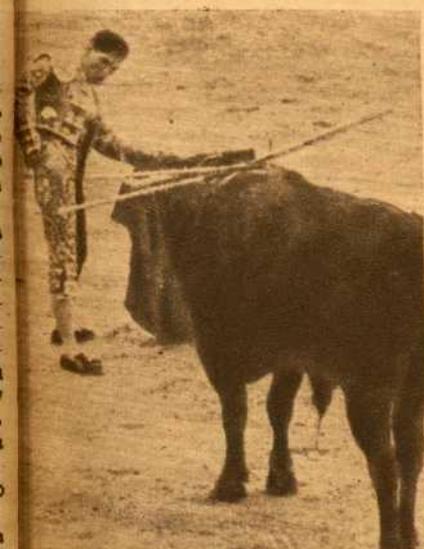
Toros de Anastasio Fernández, para DOMINGO ORTEGA,
LORENZO GARZA y PEPE LUIS VAZQUEZ



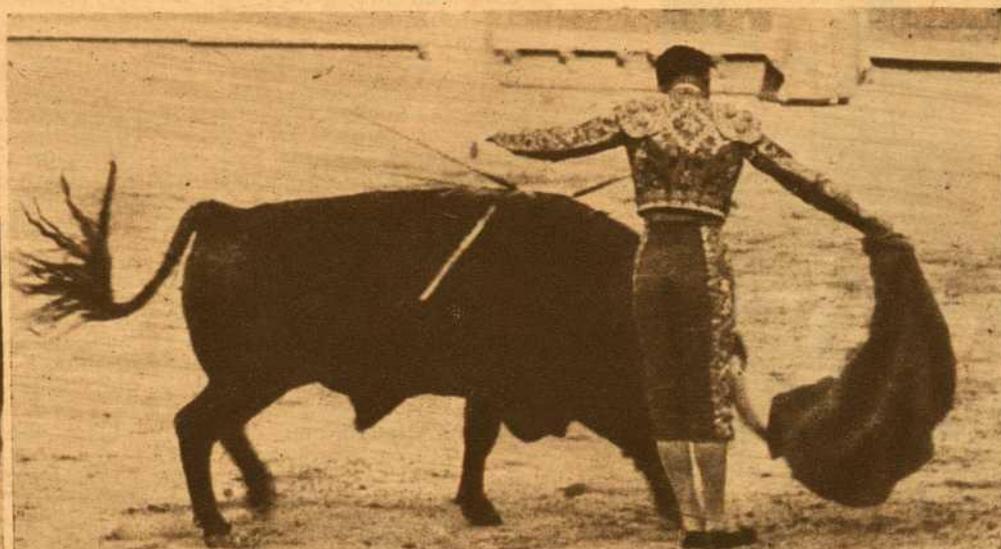
Domingo Ortega inicia la faena de muleta de su primer toro con un ayudado por alto



Un natural del de Bórox en la faena que hizo al tercero de la tarde



Lorenzo Garza, que hacía su presentación en Madrid, citando al natural



El mejicano en un pase por bajo a su segundo toro, en el que dió la vuelta al ruedo



Otro momento de la faena de muleta, en el que Garza se pasa al toro guapamente



Pepe Luis, que obtuvo un gran éxito a través de una tarde de aciertos, torea de muleta al toro que cerró plaza



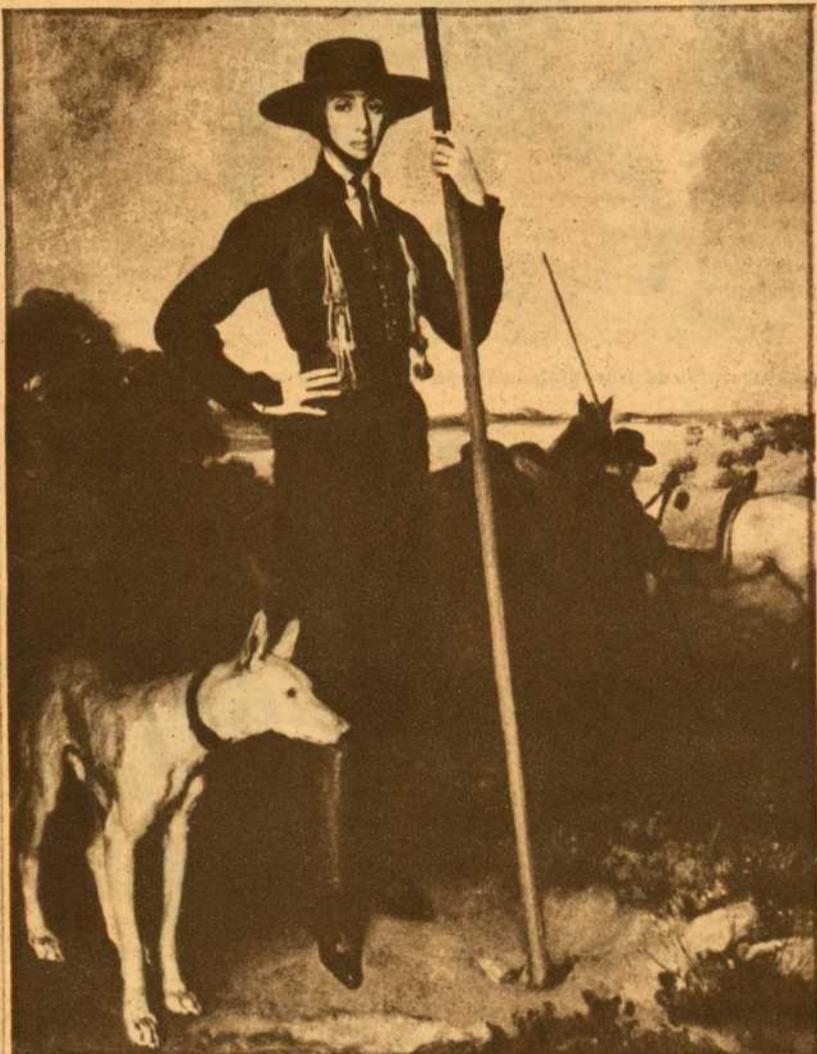
El de San Bernardo sacó a relucir el viernes gran parte de lo que sabe. Aquí le vemos toreando al natural en el toro que dió la vuelta al ruedo. (Fots. Baldomero)

EL ARTE Y LOS TOROS

Fernando Alvarez de Sotomayor y su reciente Exposición

Por MARIANO S. DE PALACIOS

CUANDO nuestra devoción apasionada por la pintura y nuestra condición de crítico de arte, nos ha llevado hace unos días a visitar, en las salas bajas del Museo Nacional de Arte Moderno, la magnífica Exposición del insigne pintor don Fernando Alvarez de Sotomayor, hemos sentido honda y acusadamente esa emoción que precede a los grandes acontecimientos artísticos. Porque en la colección de bellísimos y valiosos cuadros que alhajan los muros expositivos, está como si dijéramos representada la obra toda de una de las figuras más ilustres y señeras del arte español contemporáneo.



Retrato de la duquesa de Santoña original, del ilustre pintor Alvarez de Sotomayor, que figuraba en la reciente Exposición celebrada por este artista en el Museo de Arte Moderno

Sería pueril a estas alturas enjuiciar la obra meritisima y relevante de don Fernando Alvarez de Sotomayor. El artista ha llegado ya a ese momento en que sus pinceles maestros, en el difícil arte de plasmar la realidad, han dominado la técnica, poseionados de la manera de hacer de los grandes maestros, con los que el pintor que nos ocupa parece estar enteramente compenetrado.

En esta Exposición un cuadro ha destacado para nosotros, cronistas a la vez de esta revista taurina; el retrato de la duquesa viuda de Santoña, en el que no sólo se han salvado todas las dificultades de composición, sino que a lo inmejorable de la pintura hay que añadir la belleza y bondad con que se ha buscado el fondo del cuadro, en el que la figura de la aristocrática e ilustre dama que posó ante el pintor, se destaca llana de una suprema y delicada atracción. Viste la duquesa el típico traje campero, sujetando con la mano izquierda la garrocha, mientras el mayoral, junto a los caballos, descansa poco más allá, perfilándose ante un fondo de olivares que nos hacen pensar en los extensos terrenos cortijeros de Andalucía o Extremadura.

Cuando el número de pintores y exposiciones aumenta considerablemente, acaso demasiado considerablemente, cuando se quiere buscar en la palabra renovación el pretexto de una falsa pintura o la justificación de una carencia, algunas veces casi absoluta, de disposición artística, bueno será que elogemos la obra francamente magnífica de don Fernando Alvarez de Sotomayor, en la que deben fijarse y servir de escuela o enseñanza, para muchos de los que actualmente detentan el codiciado título de pintores.

E F E M E R I D E S

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

JULIO

11

MIERCOLES

POR estas fechas, forzoso es trasladarse a Pamplona. Los pamplonicos no faltan al frontón por el placer de jugarse «sien asules» a favor de Abrego; pero tampoco faltan a la Plaza de toros a comer, a bailar, a cantar... y también a ver la corrida. Si resulta curioso que por las cogidas de Manolete y Arruza este año la Santa Casa de la Misericordia se haya visto forzada a reducir el precio de las localidades del treinta al cuarenta por ciento, no lo es menos que, hace casi un siglo, el 11 de julio de 1858, se celebrara una corrida de diez toros, cuatro de los cuales fueron lidiados en toda la amplitud del ruedo y los otros seis dividida en dos la Plaza. Por cierto que el quinto, desde la sombra, saltó cuatro veces al sol y

la última no hubo medio de reintegrarle a su distrito. En tan reducido espacio, Cúchares y el Salamanquino tuvieron que despachar a Alemán y a Carpintero. Tan valientes estuvieron en su cometido que la autoridad les regaló los dos toros por ellos lidiados. Pero no creo yo que se los llevasen en hombros a la fonda.

Ahora que Manolete y Arruza, con inmovilidad, dolores y ojeras, sufren a consecuencia de sus respectivas cogidas, es momento de escribir una perogrullada: que los toros son más peligrosos que los tranvías. ¡En cuántas tertulias no se ha comentado? ¡Si no es para tanto! ¡Si no los cogen nunca! ¡Si ganan tantos y cuantos miles de duros y sólo cada veinticinco años muere un uno por ciento de los toreros de primera categoría...! En un tris estuvo que en pocas horas nos quedásemos sin Manolete, Arruza, Silverio y Pepín. ¿Qué tendrán ahora que decir los comentaristas escépticos, que hablan como si sólo les importasen el hule y las huchas ajenas? Yo, que me paso semana tras semana consultando los libretos del gran aficionado que es don Mariano Riestra, leo que —como escribió Recortes— han sido muchas las víctimas del torero. Ante los ojos tengo, al escribir estas líneas, la mortal tragedia del Cano, ocurrida el 12 de julio de 1852. Fué un buen torero. Menos genial que Manolete, pero tan valiente y tan simpático como lo es Arruza. El Cano, en el cuarto toro, al entrar a matar, fué arrollado por el cornúpeto. Viéndose perdido, tuvo la suficiente serenidad para agarrarse a las patas del toro. Aun con todo, no pudo librarse de una cornada, de la que hubiera curado si, por disgustos de familia, en un momento de ofuscación, no hubiera abandonado la cama prematuramente. Se le abrió la herida, surgió abundante la hemorragia y murió once días más tarde. Puede que haya quien diga que su muerte nada tiene que ver con los toros. Yo afirmo que —pese a los antedichos disgustos—, si no hubiera sido cogido, no hubiera muerto.

Otro día, el 13 de julio de 1896, murió Titet. Era humilde, insignificante, casi desconocido. Pero, como Moreno de San Bernardo, fué otra víctima que al morir, como consecuencia de una tremenda cornada en el vientre, sirve para robustecer mi tesis, que se compendia en esta frase estupenda, aunque sea mía: es más peligroso ser torero que asomarse a la ventanilla del tren.

Relataré ahora la curiosa hazaña realizada por Manuel Parra, el 14 de julio de 1828. Ante la presidencia, brindaba el mencionado diestro con más oratoria que El Estudiante, cuando, de reojo, vió que, al perseguir a un banderillero, se le iba a echar encima el toro. ¿Qué hacer? Lo primero que se le ocurrió, porque no era cosa de pararse a pensar. Usó la espada y, recibiendo, mató a la res de una estocada hasta la bola. Sin un solo pase. Y con más éxito que el que, a buen seguro, hubieran tenido Manolo, Carlos y Domingo, en la corrida de la Prensa, suspendida hasta septiembre y no precisamente por mala.

Chola fué un picador llamado Juan Alvarez que el 15 de julio de 1856 murió por meterse a Pepe. ¿Quién le mandaba a él curiosoear en la calle de Peligros, cuando se hallaban en pleno zafarrancho de combate los progresistas y los demócratas? Por no pensar en el peligro, le dieron en la chola.

El 16 de julio de 1856 expiró Puncheta. En San Fernando, la misma fecha del año 1893, murió el banderillero Antonio Lobo. Y en Sevilla, también un 16 de julio —1905— perdió la vida otro buen banderillero, Manuel Montaña.

En cambio —y termino, pues se acaba el espacio que bondadosamente se me concede— el 17 de julio de 1826 nació el Regatero, que no es un apodo y si su segundo apellido. Era lo que se dice un buen banderillero y un gran peón de brega, al estilo de Pinturas, Joaquinito, David o Gago. Sus enemigos le metieron los perros en danza, para evitarse la competencia. Y más que llegar a ser matador —aunque tomó la alternativa—, quiso serlo sin conseguirlo. Sirva lo escrito de advertencia a tantos admirados subalternos que quizá sueñen con meterse a matadores de postín.

JULIO

17

MARTES

CARTEL DE BARCELONA

Toros de Graciliano Pérez Tabernero
CARNICERITO DE MEJICO, LORENZO GARZA, PAQUITO CASADO y JULIAN MARIN



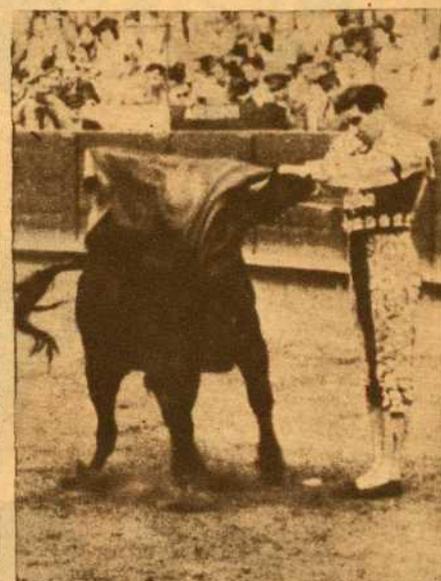
Carnicerito de Méjico en un derechazo por bajo



Garza toreado por bajo y en redondo



Casado en un natural a su primero



Julián Marín en un estatuario pase por alto



Lorenzo Garza saluda al público, que le ovaciona



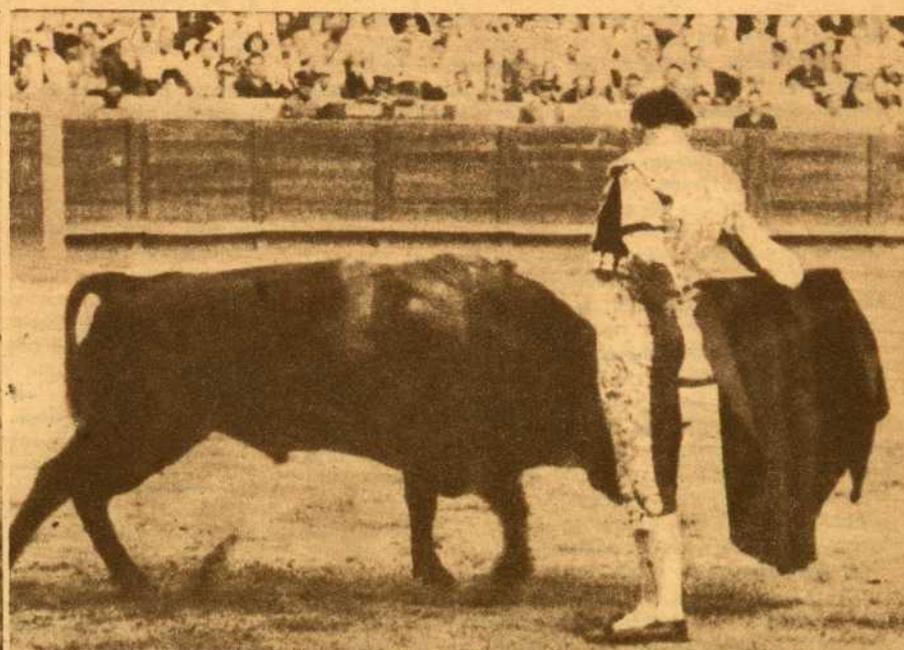
Los mejicanos Carnicerito y Lorenzo Garza esperan su turno en el cañeón



Julián Marín, que triunfó, saluda al público



Garza aguanta sereno la arrancada del bicho, con la muleta en la izquierda. El mejicano estuvo muy valiente y torero, recibiendo constantes ovaciones

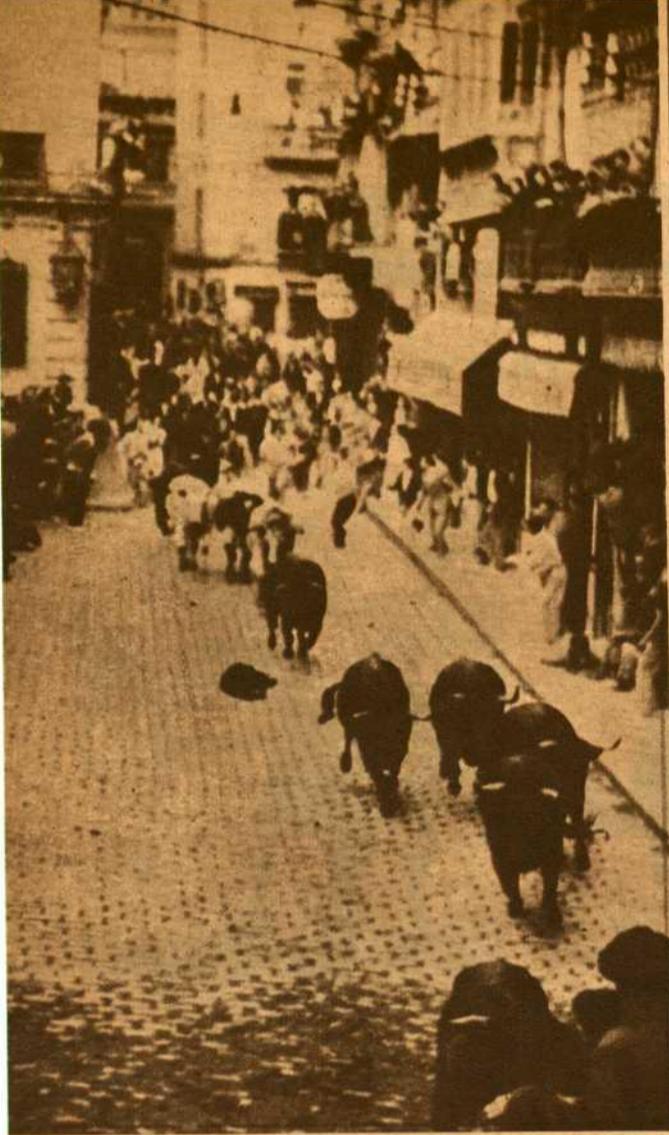


Julián Marín, que fué sacado en hombros, se pasa a su segundo en la faena de muleta por manoleínas

(Fotos Valls)

Luz y color de los Sanfermines

Por CLARITO



Corren los toros alocados por las calles de la capital pamplonica, camino de la Plaza



Tres momentos del encierro, en los que la emoción y el dinamismo corren parejos al colorido del ambiente

DESDE que, a la media tarde del 6 de julio, estalla el primer cohete y se echan a la calle las orquestas —oficiales e improvisadas—, llamando a vísparas, hasta que el domingo final de la feria —“¡pobre de mí, se acabaron las fiestas de San Fermín!”— trae con su anochejar el toque de queda, la capital navarra vive unos días de vértigo, de movimiento, de ruido, de músicas, de bailes, de cantares, contraste estrepitoso con su vida seria, calma y recolata, de todo el año.

El número fuerte de la feria de Pamplona lo constituyen los toros: cuatro o cinco corridas con la flor de la torería y del ganado. Y como al margen de las corridas, pero siendo, sin embargo, su punto cardinal y su foco de atracción, los encierros. No hay en el ámbito taurino español espectáculo comparable al de un encierro en Pamplona. Ni Sevilla, en los tiempos castizos que los toros se llevaban a pie desde Tablada a la Plaza del Arsenal, escoltados por el equipo de garrochistas y vaqueros de a caballo, pudo competir con este singular espectáculo del encierro mañanero, grande y bárbaro, como es bárbara la grandeza del arte del torero, y si no, no es tal arte.

Las corridas de toros que componen el espléndido programa de los San Fermín, se alojan en un apartadero construido abajo de la ciudad —de la antigua ciudadela—, a su pie cabe el valle de la Rochapea, en el mismo borde del Arga. La víspera de cada día de feria, cuando ya impera la noche, y mientras el pueblo se apiña en la plaza del Castillo, atraído por la música y por los fuegos artificiales —y en el artificio entra también un toro de fuego—, en los corrales de la Rochapea empieza un trajín. El sordo golpear de puertas y las zumbas del castañero alarman por un instante el sueño apacible de la vallada solitaria. Mayorales y vaqueros han puesto en movimiento la corrida de turno. La arropan con los mansos. La aguijan y espolean por la cuesta arriba hasta lo alto de la ciudadela. Y en la misma esquina, a la entrada de la urbe, una empolizadora sirve a los toros de último y extraño refugio. Allí esperarán, como nos de muerte, los livores del amanecer... Esta faena, que tiene, entre el fulgor de las luces, claros-cueros de aguafuerte, es el “encierrillo”. Y el encierro viene unas horas después: con el día:

Viene con la hora de diana. Las banditas de música, las dulzainas y el tamboril y el chistu lo preludian. El pueblo, que apenas ha sosegado en un rato de dormiveela, se encamina a la plaza. La asalta. Y es un cuadro colorista de la típica taurina: el coso salpicado de manchas detonantes —la blanca camisa del labriego ribareño, la blusa azul, el pantalón mil

rayas y el rojo encendido del pañuelo fermínico— y borbollante de cánticos y murmullos, de gritos y de risas que en seguida se fundirán en el trambando ¡aaah!, arrancado a millares de gargantas por el estallar del cohete pregonero de la partida de los toros.

Los toros han salido de la empalizada, abrigados por la parada de bueyes y hostigados por las voces y las varas de los vaqueros, que les estimulan el galope a lo largo de las calles, acotadas, del itinerario. Desde balcones y ventanas, un sinnúmero de vecinos presencia la emocional carrera. Y la calzada está cubierta de gente joven, que se refugia en los portales o se da a correr, a medida que el encierro se aproxima, para entrar en tropel, precediendo a los toros, por la puerta principal de la Plaza y desparramarse hacia los lados en busca de la valla formando “el abanico”. Es este un itinerario repleto de historias, de accidentes, de anécdotas. De alardes temerarios. De rasgos de audacia. “Aquí le hizo el quite al hombre un perro, ladrándole al toro cuando iba a derrotar”. “Allá, un cura que volvía de misa, salvó a un mozo con el manto”. Tiene pasos difíciles, como el de la línea quebrada del Ayuntamiento y el de la curva de la manga que emboca la plaza. Y también pasos llanos, de grande y pintoresca perspectiva, cual el de la calle Estafeta, popularizado en el cantar:

... suben los toros
por la Estafeta,
y los mozos con el chama-
rrreta
hacen ¡je, torico, je!

Muy por delante de la piana fueran los más miedosos. Más cerca, los mejor templados. Y cerca, encima, en proximidad que espanta a los toreros cuando por primera vez lo contemplan —¡y yo vi el asombro de Joselito!—, avanzan con especial cálculo y seguridad los verdaderos “corredores”; los pamplonicos que, desde sus quince años, aprenden el peligroso recorrido por imperio de la tradición, porque es condición para “ser un buen navarro”, porque “el que no corre no vale”. Estos no caen en la ruta sino cuando un intruso o un beodo les estorba. O cuando a la entrada de la Plaza, por pender pie los primeros, se ha ido apiñando allí el obstáculo humano con el cual van estrellándose todos hasta mezclarse hombres y toros en un informe montón...

Por lo común, la piana de toros y cabestros penetra, siempre galopando, en el ruido; cruza, rauda, su diámetro y se embute, como por ensalmo, en las puertas de los chiqueos. Alguna vez se desmanda un toro, o varios, en la calle o en la plaza. Y ese es el trance más arriscado; porque entre esa juventud, atrevida y torera, no faltan quienes echan mano a la blusa o al pañolito del cuello— y, en cierta ocasión, a un periódico— para lancear por todo lo alto.

Cuando han entrado todos los toros al corral de la Plaza, otro cohete anuncia el final del encierro. Entre esos dos cohetes —cuatro minutos, si ha sido normal— se desarrolla, lector, una de las escenas

más dramáticas e interesantes del toro. Pero cuando ha quedado algún toro rezagado, ese intervalo de cohete a cohete alarga la tensión hasta términos insospechados. ¡Con cuánta ansiedad se espera el desenlace! ¡Con cuánta angustia en los hogares donde hay hijos jóvenes se aguarda el estampido, que viene a significar que lo que haya de haber ocurrido ya ocurrió! Este dramatismo, casi siempre inminente, aunque parezca inexplicable, y esta patética estampa del encierro, eternamente nueva, sobrecoge y alegra a una ciudad hasta límites indescriptibles. Y es de siempre, para propios y extraños, el corazón de la feria de Pamplona, su carácter y el fundamento de su gran atractivo... La lidia de unas vaquillas emboladas —fantástica mesa revuelta— pone a cada mañana el punto final.



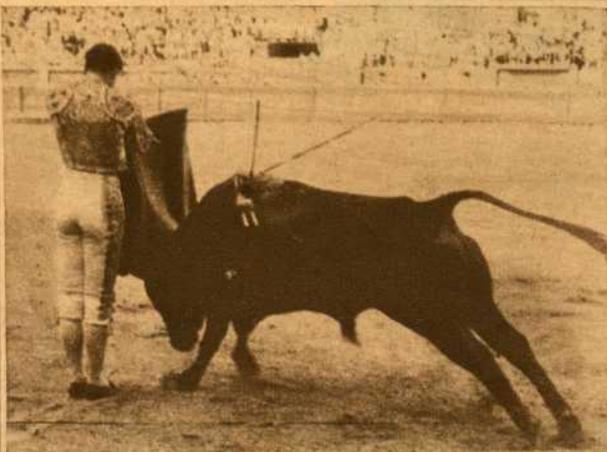
LAS CORRIDAS DE PAMPLONA

PRIMERA Y SEGUNDA DE FERIA

PEPE BIENVENIDA, FERMIN RIVERA, CAÑITAS, JULIAN MARIN Y PEPIN MARTIN VAZQUEZ



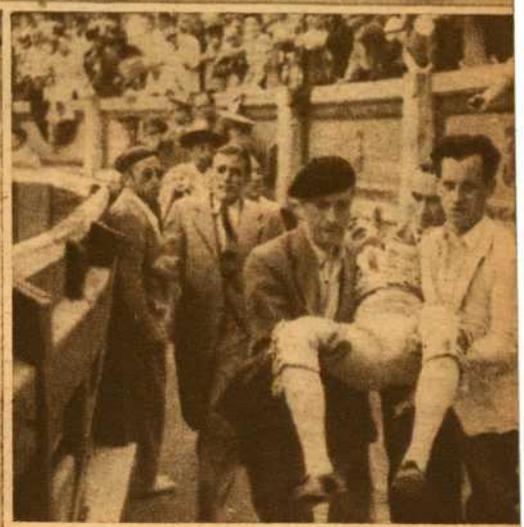
Fermín Rivera saluda al público



Un estatuario del mejicano Fermín Rivera



Cañitas, después de la cogida, se retira por su pie a la enfermería



En el callejón, tiene que echarse en brazos de las asistencias



Pepín muestra sonriente las orejas y rabo de su toro

Julián Marín, con los trofeos ganados, saluda



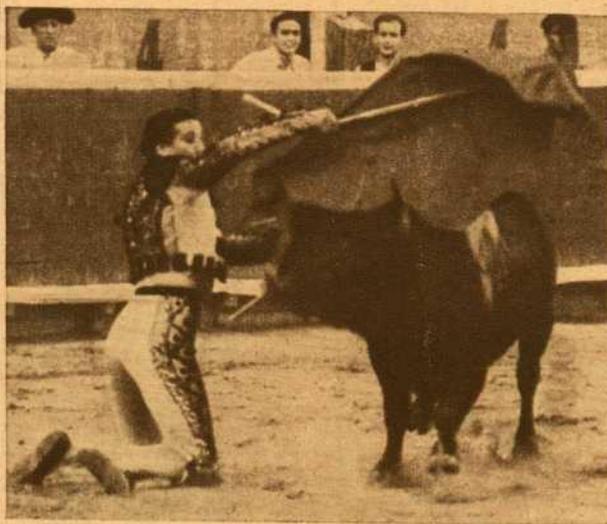
Pepín Martín Vázquez toreando al natural en el toro del que cortó las orejas



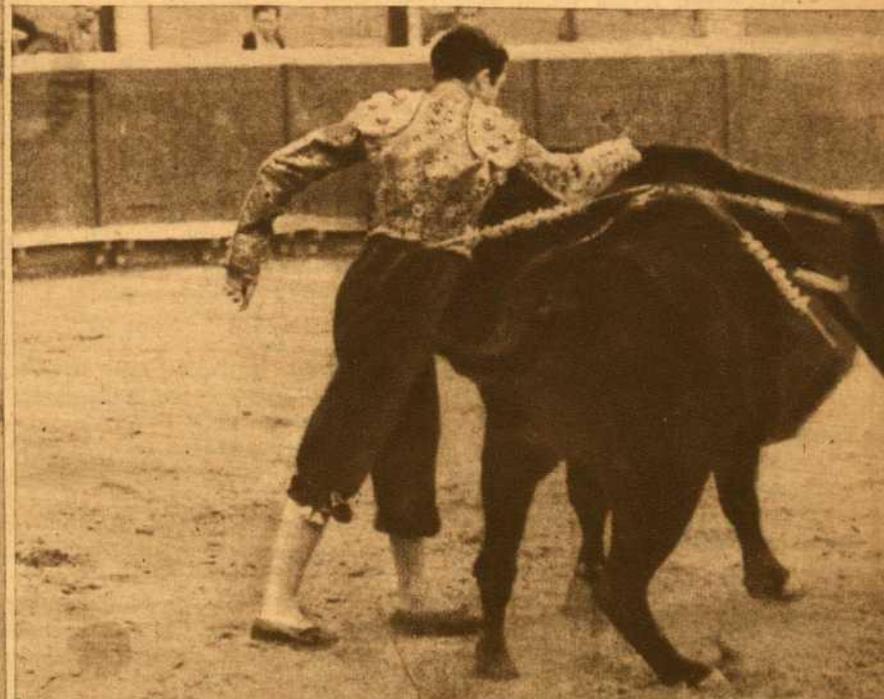
Pepe Bienvenida toreando de muleta



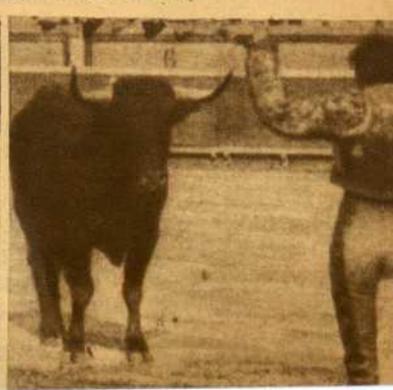
Pepín, con el pantalón de monosabio, da la vuelta al ruedo

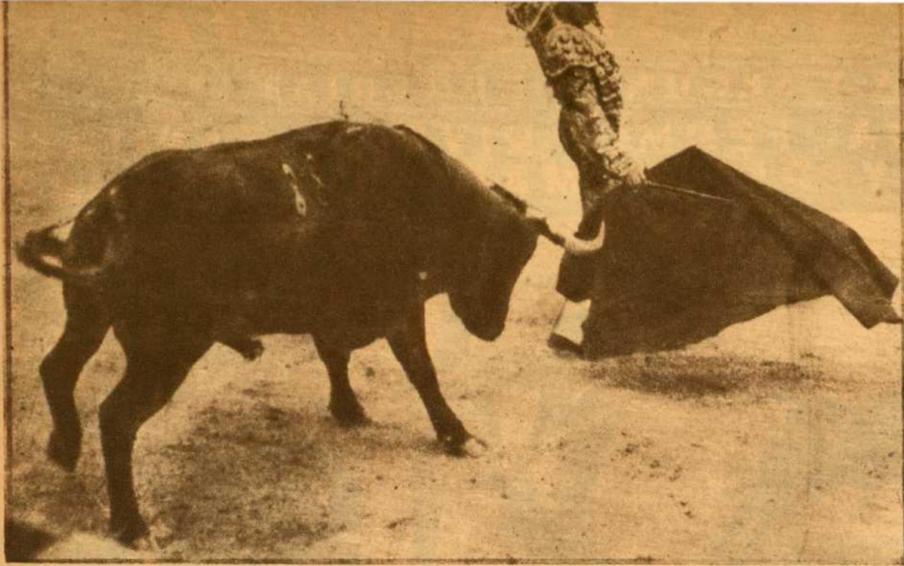


Un emocionante pase de rodillas de Julián Marín
Abajo: Rivera toreando por gaoneras (Fots. Mari)

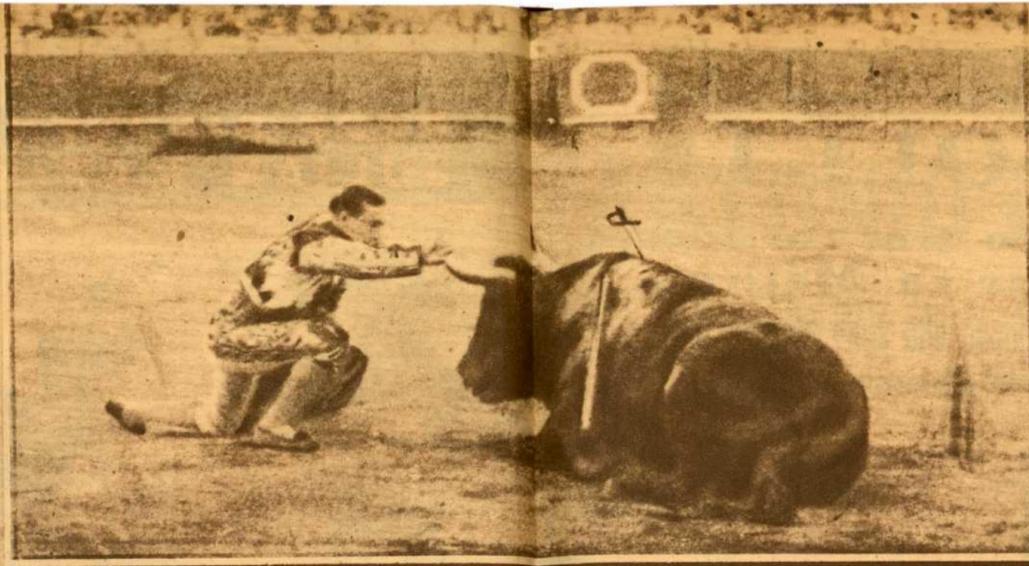


Pepín toreando de muleta, cosiéndose el pantalón entre barreras y citando al toro que le cogió (Fots. Mari)





El gran torero juguetea con el toro en la faena de muleta. Joselito ya se adornaba con el estilo que impera hoy



Otro adorno de Joselito. El toro ha caído de una estocada, y el torero de Gelyes, rodilla en tierra, toca los pitones del bicho



Un ayudado por alto de José, pleno de dominio y de gracia. La figura, a pesar de lo forzado del pase, conserva la línea torera y gallarda



(Continuación del capítulo VI)

Y Agualimpia, rendido ante la sabiduría del muchacho, lo abrazó conmovido.

A Joselito, apenas a los catorce años de su edad, nadie podía enseñarle nada, porque se traía sabido todo el toreo y había nacido para mandar.

La cuadrilla de Niños Sevillanos siguió su jira triunfal por Jerez, la isla de San Fernando, Málaga y otras Plazas menores de Andalucía, y así acabó la temporada de 1909, y durante el invierno que le siguió, en una ocasión en que José iba a adiestrarse en faenas de campo, se tropezó por primera vez en la vida con Juan Belmonte, que fué desde entonces su amigo y compañero y había de ser al poco tiempo su émulo. El encuentro casual ocurrió yendo Joselito a caballo por la marisma, acompañado de don Carlos Vázquez, don Armando Herrera y otros amigos, cuando al salir de Triana se cruzó con ellos Juan Belmonte, que iba a pie con su capotillo al hombro. Le interesó a Jo-

selito el viandante, acaso porque pensó en sus propias aventuras, y se miró en aquél mocito color de aceituna como si se mirara en un espejo, y obedeciendo a una súbita simpatía, y hasta pudiera pensarse que a un misterioso designio, mandó detener la comitiva, subió a Juan a las ancas de su caballo y se lo llevó con ellos a Triana de don Carlos Vázquez. Allí, en Jaboblanco, que así se llamaba el cortijo, se encerraron los dos toreando mano a mano, en limpio, y alegre competencia, cuantas vacas había disponibles, y una de ellas, la última, lanzó a Belmonte y le hirió un puntazo leve en un muslo, y Joselito le hizo el quite. Allí juntó por primera vez sus nombres y su arte el D. Esteban, que diez años más tarde hubo de llevarse a José para dejar a Juan Belmonte amo y señor único de toda la terriería, cuando ya se habían unido en el trianero los dos estilos, mezclándose, como las esencias de dos vasos comunicantes, en una asombrosa síntesis que es todavía principio fundamental y norma bella y segura de todo el toreo moderno.

Aquel mismo invierno, y cuando ya se decidió que la cuadrilla de Niños Sevillanos torearase corridas con picadores, se hizo cargo de ella un aficionado de gran calidad, don Manuel Pineda, de cuyos propios labios he oído el hecho que voy a narrar, ocurrido en la primera corrida de novillos-toros con picadores, y que da una idea clara y segura del carácter y del poderío del que ya a los dieciséis años era un hombre cabal y un torero de asombro. El día 15 de agosto de aquel año de 1911 iban a torear su primera corrida con suerte de varas, Limón y Joselito, y el día 13 amaneció aquél con altísima fiebre y los médicos opinaron que no podía torear de ninguna manera. Entonces Joselito se ofreció él solo a despachar la corrida, a lo que accedió, apretado por las circunstancias, aunque no sin recelos, don Manuel Pineda. Había éste escogido seis novillos de don Felipe Salas, grandes y gordos, pero recogidos de cabeza, y creyó prudente, para asegurarse de los ánimos de su torero, llevarse a éste al cerrado aquella misma tarde del 13 de agosto, para que viera los enemigos con los cuales había de encerrarse y se afirmase en su decisión o volviera de su acuerdo si la corrida le parecía de mucho peso para despacharla solo. En efecto, Joselito pidió que se cambiaran por otros aquellos toros, y don Manuel, satisfecho de su previsión, convino en ello y fué con el bisoño matador a la dehesa de don Felipe Salas a buscar otras reses. No las había más chicas, sino todo lo contrario, y cuando don Manuel se desesperaba pensando en suspender la corrida, oyó con asombro estas palabras del torerito, que ya con ellas se revelaba un torerazo:

—Si eso es lo que yo quería, don Manuel de mi alma. Toros más grandes y con letra en la testuz. Porque aunque los que usted escogió están gordos y son presentables, no traen respeto en la cabeza, y el público hubiera podido pensar que por ser yo el único matador se me había buscado carne acomodada.

Esto refiriéndome, me contó don Manuel el temor con que hubo de consentir en que su administrado saliese a matar seis toros, tres de los cuales, sobre todo, tenían demasiado peso y excesivas defensas para un matador no cuajado todavía. Pero tan cuajado estaba —me dijo don Manuel— que apesar de no salirle fáciles los lidió y mató con singular maestría y cortó las orejas de cuatro.

Todo aquel año de 1911 y parte del 12 llevó don Manuel Pineda por las principales Plazas de España, exceptuadas las de Sevilla y Madrid, a su cuadrilla de Niños Sevillanos, y los dos matadores rivalizaron con gran lucimiento, hasta el punto de que don Manuel expuso la conveniencia de que la cuadrilla se presentase en Madrid, a lo que accedió Rafael, verdadero pater familias de todos los Gallo, convencido de que su hermanito menor era un gran torero, y el 13 de junio de 1912 lidiaron Limón y José, en el inolvidable y demolido circo de la carretera de Aragón, una corrida de novillos-toros de la ganadería de don Eduardo Olea.

Verían los Niños Sevillanos precedidos los dos de muy buena fama, que no era menor la de Li-

J O S E L I T O

Apuntes para una biografía Por FELIPE SASSONE

meño, y respondieron a ella el día de su presentación en Madrid, a pesar de que la corrida no fué ni blanda ni pequeña. Le tocó a Joselito el lote más difícil; pero por eso, precisamente, y por su actuación a lo largo de toda la lidia, el público se fué más con él que con su compañero. Yo no presencié la fiesta; pero consultando las reseñas de aquel día puedo resumir así el trabajo de Gallito Chico: dos quites muy adornados en el primer toro. Un quiebro de rodillas auténtico en el segundo, no una larga cambiada, sino con el capote recogido en las dos manos, como es fama que lo ejecutaba su padre. Una serie de verónicas que

el crítico Dulzuras calificó de «hermosísimas». Dos quites muy variados, rematando el segundo arrodillado de espaldas ante la res. Un par al quiebro limpiísimo y dos grandes pares al cuarteo, e inicia la faena final con un magnífico pase de pecho con la derecha, puesto de rodillas otra vez. El revistero de A B C escribe: «Los pases que vinieron después fueron encaje fino, un bordado inimitable de molinetes y de pases ayudados por bajo, todos estos con la derecha, pero elegantísimos y artísticos a no haber más».

No tuvo gran suerte matando a este toro, según deduzco de todo lo leído, pues, como el ani-

mal derrotaba muy alto y se ponía por delante, necesitó de cuatro pinchazos y un descabello a la primera. Saltó el estoque e hirió en una ceja al muchacho, el cual pasó a la enfermería en medio de una gran ovación, que se repitió más estruendosa cuando volvió a salir en el momento en que descabellaba Limeño el tercer toro. El cuarto fué un toro grande y de mucho sentido, y aunque el diestro, siempre seguro, no se vió aperreado, tampoco pudo lucirse con él. Bindió el último, muy difícil también, al entonces popular revistero Don Pio, y puso digno remate a la corrida y al toro con media estocada en el hoyo de las agujas. Los «capitalistas» se lo llevaron en hombros por la puerta grande, y en las tertulias taurinas de aquella noche se prodigaron los elogios, y a la mañana siguiente el florido Don Modesto, el inolvidable Pepe Loma, escribía:

«Yo no soy sospechoso. ¡Señores, qué Gallito! Yo juro que creo que nos hallamos en presencia de un fenómeno torero. ¡Palabra! ¡Palabra!»

Hasta el mes de julio no vuelven a torear en Madrid los Niños Sevillanos, que todavía no se habían presentado en Sevilla, y el día 10, víspera de la corrida, escribe el notable revistero Dulzuras un largo artículo en A B C estudiando las posibilidades de los nuevos espadas y poniendo de relieve la indiscutible superioridad de Gallito; pero le aconseja que torce con la izquierda y entre más derecho a matar. La corrida del día 11 se interrumpe a causa de un temporal, después del segundo toro, que Joselito torea y mata superiormente, tras de empezar la faena con un ceñido cambio a muleta plegada. El día 15 se repite el cartel. Quedan muy bien; pero el público pide otro toro, después del sexto, para rasarse de la interrumpida fiesta del día 11, en que pagó por seis toros y vió sólo dos, y como la empresa no accede despide con silbidos a los muchachos, que no tienen ninguna culpa. José tuvo un gran triunfo en toda la brega y como banderillero, y mató dos toros muy bien. Dulzuras se complacía escribiendo en A B C:

«Gallito Chico ha demostrado que no estábamos equivocados aconsejándole que no lo hiciera todo con la derecha al torear de muleta, y nos complacemos en manifestar que en la fiesta de ayer toreó muy bien a un toro huido, al que obligó a tomar el trapo rojo como pudiera hacerlo un torero con veinte años de práctica en las Plazas. En la faena de este toro, que fué su primero, dió algunos pases con la derecha lucidísimos, y entre ellos hubo once con la izquierda, de pecho y altos para ahornar, todos de torero grande y hecho, sujetando como le dió la gana al huido animal, al que echó a rodar entrando muy ligero, porque tenía tendencias a humillar, de una estocada hasta las cintas, un poquito delantera. La ovación con que se premió su trabajo fué justísima para el buen torero y mejor matador de lo que nos habían dicho.»

Las palabras que copio de Dulzuras obligan a una pequeña digresión por lo que se refiere al entrar a matar de prisa y herir un poco delante de la cruz. En páginas anteriores —y volveré a insistir en ello— dije yo también que Joselito se llevaba la mano del estoque a la frente, buscando un tranquilo de buen banderillero para mirar por debajo del brazo la punta del acero y el sitio en que quería clavar. Pues bien; cuando Dulzuras corrió que José es mejor matador de lo que nos habían dicho, no puedo yo creer que lo hiciera refiriéndose a la perfección de la suerte, sino a la eficacia y seguridad. Joselito, generalmente, no entraba a matar como mandan los cánones. Los toreros muy inteligentes —con excepciones contadísimas y actuales— nunca han querido entregarse en la suerte de matar. El propio Antonio Sánchez, El Tato, inventó «el paso atrás», que imitó Lagartijo, y Antonio Fuentes se hizo matador certero en cuanto encontró una maña suya propia, después de la grave cornada de Zaragoza que mermó sus facultades, y Vicente Pastor mataba de un salto y fué gran estoqueador porque fué gran muletero, y, en fin, Juan Bel-

monte se aseguró con la espada después de inventarse una manera de entrar a pasitos cortos, trezando los pies, y sosteniendo un punto en el centro de la suerte, ayudándose con el viaje del toro y convirtiendo así el volapié en algo intermedio entre la suerte arrancando y la suerte al encuentro. Joselito, que nunca pudo ver matar al Guerra, se inventó un procedimiento muy parecido al del coloso de Córdoba. Este abría las piernas en el

cite, se balanceaba sobre ellas para adquirir velocidad y pasaba como una exhalación, clavando el estoque un poco delantero y un poco tendido, porque así son las estocadas más seguras, que penetran por donde no hay hueso y siguen la dirección de la aorta del toro. José daba sólo un breve paso atrás; pero entraba también muy ligero y procuraba asimismo herir delante. La diferencia más apreciable, tal vez la única, entre las dos maneras parecidasimas, era la colocación del brazo. (Se continuará)



Días de gloria y de triunfo. Uno tras otro —muchos—, Joselito fué acorralado, como en la presente fotografía, en hombros de sus admiradores, mientras el público tributaba una ovación clamorosa





Manolete, en el cuarto del hotel donde se hospeda, charla con Algara, de la Plaza de El Tóreo, de Méjico

SALTO AL ATLANTICO MANOLETE

ha firmado tres corridas para torear en Méjico... Pero una vez allí, puede que sean muchas más... El diestro cordobés embarcará en octubre

MANOLETE es el torero más popular en América. Recogíamos, a fin no hace mucho tiempo, las declaraciones de un ilustre periodista americano que, de paso por España, en misión política, nos confesaba, acongojado, que lo primero que le iban a preguntar sus compatriotas, a su regreso, era si había visto torear a Manolete.

Las palabras del periodista americano, hombre alejado de la fiesta, explican suficientemente la popularidad del diestro cordobés en tierras

de Ultramar. Y, sin embargo, Manuel Rodríguez no estaba dispuesto a emprender un largo viaje..., porque, hombre de paz, no tenía mayores ilusiones de ir a buscar el triunfo tras una corte de singladuras.

Muchas razones han quebrantado la decisión que firmemente sostenía Manolete. Y ha sido vencido en su fuero por una nota sentimental. Desde hace tiempo, Manolete no dejaba de recibir cables y cartas que le rogaban, que le pedían, que en la próxima temporada torear en Méjico.

Un día el torero cordobés me dijo: —No voy a tener más remedio que irme a Méjico.

La llegada de Antonio Algara, empresario de la Plaza del Tóreo, vino a devolver el tema con mayor intensidad. Algara traía una misión concreta cerca de Manolete. Y al fin, Manolete, Algara y Camará firmaban el contrato que a estas horas llenará de júbilo a los aficionados americanos.

Porque Manuel Rodríguez, Manolete, ya no es para el aficionado mejicano una promesa que se le hacía temporada a temporada, sino una realidad... Para llegar a esta realidad, Manolete, Algara y Camará celebraron tres entrevistas de escasos minutos de duración. Y el contrato llegó por caminos de cordialidad, y en él no hubo exigencias de ninguna clase.

En Algara habló la razón, y en Manolete el corazón. Porque una deuda cariñosa es para el torero de Córdoba esa popularidad sostenida en toda América, sin conocerle siquiera.

Antonio Algara me llamó por teléfono.

—Quiero hablarle —me dijo— del contrato que acabo de firmar con Manolete... puedo verle enseguida..., ¿le parece?

Asentí.

Nos encontramos minutos más tarde en el hall del Hotel donde se hospeda el diestro cordobés. Fuí yo entonces el que le repetí su misma pregunta de minutos antes.

—Quiero que me hable de ese contrato...

Ence: dimos unos cigarrillos.

—Conformes. Hace unos días que hablé con Manolete y Camará. Sinceramente, les volví a repetir el entusiasmo tan grande que existe en Méjico por Manolo...; entonces él se sonrió y cortándome mi frase, señaló con sencillez:

—No se preocupe, Algara..., este año iré a Méjico, y tenga la seguridad de que por mi parte he de ofrecerle las mayores facilidades.

—Así fué, en efecto —continuó de su cosecha el empresario mejicano—, porque en ningún momento de las conversaciones sostenidas, ni Manolete ni Ca-



Se discute sobre el contrato del cordobés en Méjico. Los puntos de vista de cada uno se exponen hasta llegar a un acuerdo



Nuestro redactor presencia la charla que mantienen torero y empresario sobre el contrato que después se firmará (Fotos Actualidad)

mará pusieron la menor dificultad. Y si le voy a ser sincero, puedo señalarle que en el contrato del diestro cordobés hay menores exigencias que en las pretensiones de otros toreros.

—¿Puede considerarse como un buen triunfo ese contrato...?

—Es muy difícil imaginarse la expectación con que se aguarda en todo Méjico este contrato, por el que Manolete toreará en nuestros ruedos. Desde que los toros existen en Méjico, nunca hubo un deseo tan grande y tan unánime como este de ver a Manolete...; ya lo creo que ha sido un gran triunfo este contrato, que ya he enviado a Méjico.

—¿Lidiará Manolete ganado del país?

—Quitando una corrida de Murube, que embarcó uno de estos días para Méjico y que la matará Manolete, en las demás corridas se lidiará ganado del

Poco a poco, hemos llegado hasta la habitación que ocupa Manolete. Un golpe leve sobre la puerta. Y Algara y el

periodista han llegado a engrosar el numeroso grupo de amigos que visitan al diestro cordobés.

Por unos momentos he podido charlar libremente con él.

—Puedes tener la certeza, que al firmar mi contrato para ir a Méjico, he tenido que sacrificar muchas cosas. Pero también es cierto que he puesto mi mayor ilusión para el logro de este contrato, que viene a cumplir dos fines: Satisfacer los deseos de todos los aficionados mejicanos, a la vez que para mí supone el pagar con algo más que gratitud esa deuda de admiración que guardan para mí por aquellas tierras.

—¿Y condiciones...?

Manolete se sonrió.

—Cuando se habla de mí, parece que siempre hay necesidad de recordar la parte material...; en esta ocasión, como siempre, también se dirán muchas cosas. Sin embargo, yo puedo decirte que en esta ocasión la parte eco-

nómica ha sido la menos importante y apenas si me fijé en ella para firmar el contrato. Ten en cuenta que por mucho que podrían ofrecerme, esta cantidad siempre sería menor, a cualquiera que puedan ofrecerme en España. Pero no he tenido, al firmar el contrato, mayores intereses que los puramente sentimentales de corresponder al afecto que me tienen en Méjico, donde no me conocen personalmente.

—¿Cuántas corridas llevas contratadas?

De momento, sólo tres y un beneficio. No he querido firmar ninguna más porque no sé cómo me sentará aquel clima para mi salud. Si me encuentro bien torearé todas las corridas que me ofrezcan. Y posiblemente, después de la temporada de Méjico, iré de visita a Buenos Aires, donde he sido invitado.

—¿Cuándo piensas embarcar?

—En el primer barco que salga para aquellas tierras, en el mes de octubre.

—¿Pierdes muchas corridas en España al embarcar en octubre?

—Posiblemente, diez o doce.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—Descansar en Las Rozas hasta que me restablezca totalmente.

Manolete llevaba una sonrisa ancha y cordial cuando el coche arrancó suavemente...

ANTONIO CASERO

Su admiración por Juan Belmonte,
y las exigencias del público de hoy



**"De la fiesta no
quitaría nada más
que los burladeros"**

ANTONIO Casero es, probablemente, el más popular de los dibujantes de toros, pero es también el menos conocido de los dibujantes. Expliquémoslo. Todo el mundo conoce esta firma acreditada ya, desde hace muchos años, en los mejores periódicos; todo el mundo conoce sus dibujos taurinos, esas maravillosas repentizaciones en las que hay un modo de hacer inimitable.

¿Pero quién, fuera del reducido círculo de sus íntimos, conoce en la calle a Antonio Casero? Los que le admiran ignoran su físico, y de su espíritu artístico no le llegan sino las magníficas expresiones de que da prueba gráfica continuamente. Antonio, como es sabido, es hijo de don Antonio, es decir de aquel gran escritor y poeta madrileño y madrileñista a quien tanto queríamos todos, pero a quien no hemos rendido todavía ese homenaje de perpetuidad en piedra o mármol que se merece. Don Antonio, a diferencia de su hijo, no podía permanecer en el incógnito. Incluso, para muchas personas, era más conocido que sus obras. Le saludaban en la calle los guardias, los vendedores de periódicos, las modistillas, cuya gracia y donaire cantó tantas veces... Antoñito tiene la gran ventaja de percibir el elogio público sin que se sepa que lo está oyendo el propio autor. En la Plaza de toros, el espectador que está a su lado no sospecha que se trata de él hasta que le ve trazar rápidamente con el lápiz su apunte. Un día le dijo su vecino de localidad:

—¡Caramba, amigo! ¡Ni que fuera usted Antonio Casero!

Y el artista contestó modestamente. O irónicamente:

—No llego a tanto, amigo, no llego a tanto...

Ahora, Antonio y yo estamos en el pinar. El pinar le llama él a la terraza de su casa, esquina casi a la glorieta de San Bernardo. Es porque tiene ocho o diez pinos enanos, aprisionados en inmensos cubos de madera. Tiene que hacer esta noche, sin falta, sus habituales dibujos. Pero hoy los llevará un poco más tarde que de costumbre. Viene de la Plaza. De ver toros. Ahora le toca hablar de toros. Como hijo de un gran aficionado, él empezó a ir a la fiesta cuando aun iba de pantalón corto.

—En San Sebastián, en Madrid... Mi padre me llevaba, cuando todavía no podía comprender yo la importante espectacularidad, el formidable colorido de las corridas. Muchas veces estábamos al lado del inolvidable Ricardo Marín y de verle dibujar yo me aficioné a sacar el lápiz y dibujar también desde el tendido. No podría precisar la primera corrida a que asistí. ¡Debía de ser yo tan pequeño! Mi más lejano recuerdo taurino es una estocada de Regaterín. Clavó la espada hasta el puño, pero el toro le empitonó a la altura de la rodilla y le dió una voltereta trágica, que es la que se quedó fijada en mi mente con tal fuerza que ahora mismo se la podría dibujar.

—¿Y cuándo se convierte usted en espectador apasionado, es decir, en espectador asiduo?

—Con Juan Belmonte, que, todavía hoy, me parece la cúspide del torero.

—¿Por qué?

—Porque trajo un modo de torear distinto, invadió el terreno que no se había pisado jamás, asimiló el toreo sabio de Joselito y unió, en fin, cuando se cuajó del todo el valor, con el arte y el dominio, venciendo su carencia de facultades. Sinceramente, creo que nadie ha hecho tanto. Con un toro manso, broncote, un toro de los que harían andar de cabeza a muchas figuras de ayer y de hoy, Belmonte llegaba a lo inverosímil, imponiendo a las muchedumbres su personalidad y su genio taurino.

—¡Vaya una parrafada redonda que le ha salido a usted!

—Es que era el amo. En escultura hubiera sido Miguel Ángel; en pintura, Goya. Fué torero, y en el toreo fué... Juan Belmonte.

—Pero hoy...

—Hoy, Ortega es para mí el que tiene una personalidad más acusada, y Manolete el que tiene más garbo. Sin embargo, todo el toreo de hoy, y tal vez no por culpa de los toreros, sino por lo que la gente quiere de los toreros, lo encuentro monótono, sin salirse del molde...

—¿Y cómo empezó usted a ser dibujante taurino?

—Fué en los tiempos buenos de *Heraldo de Madrid*, cuando lo dirigía Rocamora, que era amigo de mi padre y quien primero me animó para que publicara mis apuntes en su periódico. Desde entonces, ya no lo dejé. Luego el *Heraldo* vivió su época más chabacana. Yo seguí en él hasta 1929. En ese año, Ricardo Marín se fué a Barcelona y dejó de enviar sus dibujos al *A B C*. Me llamaron para que los hiciera yo, y tanto en este diario como en *Blanco y Negro* comencé a colaborar de una manera constante.

—¿Cultiva usted exclusivamente el dibujo taurino?

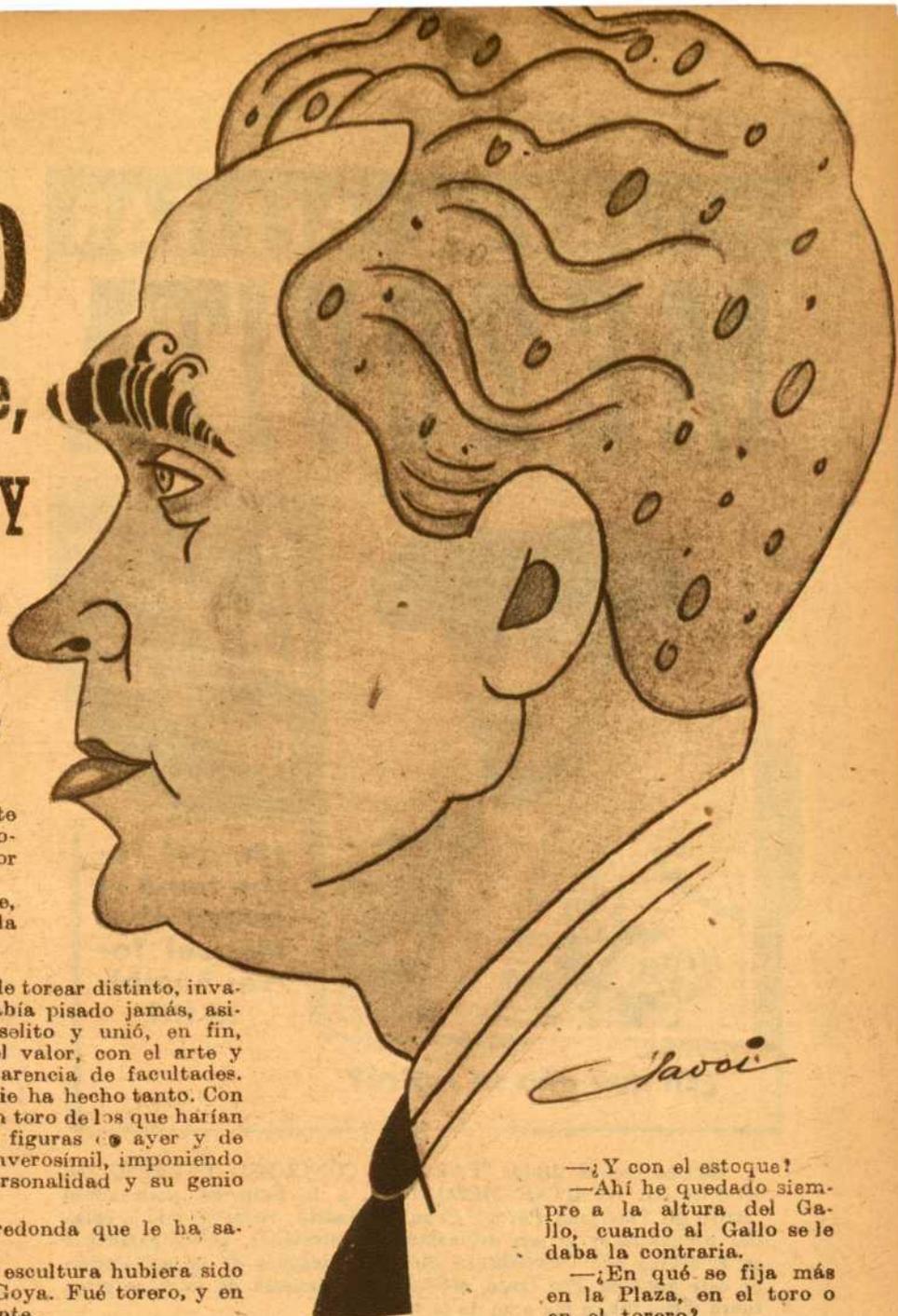
—No, pero es por el que más me conoce el público. He hecho fútbol y boxeo, pero no acabo de verlos bien, a pesar de que me parecen los dos espectáculos deportivos más interesantes, sobre todo el boxeo. No obstante, les falta la belleza taurina, que es impresionante.

—¿Cómo toma usted sus apuntes?

—Muchas veces no los tomo más que con la mirada. Es un momento que se queda grabado en la retina y que luego veo en la memoria. Los trazos que hago desde el tendido son una especie de taquigrafía del dibujo, que luego traduzco o desarrollo en casa con la pluma.

—¿Ha toreado usted?

—Con frecuencia y... con mucho miedo, pero toreado a pesar de todo. En Salvatierra teníamos un tío que poseía ganado de todas clases y allí nos íbamos. Salíamos al campo a caballo y apartábamos becerras. Unas embestían y otras no. A mí me temblaban muchas veces las piernas, pero mi voluntad era muy grande y me pasaba. También íbamos a la placita de la Ciudad Lineal, cuando la tenía Juan Antonio Mejías, que fué banderillero de Regaterín. Las banderillas nunca han sido mi fuerte, pero en cambio con la muleta en la derecha he sido un fenómeno, modestia aparte.



—¿Y con el estoque?

—Ahí he quedado siempre a la altura del Gallo, cuando al Gallo se le daba la contraria.

—¿En qué se fija más en la Plaza, en el toro o en el torero?

—Primero en el toro y luego en el torero. El toro

es el fundamento. Sin toro no hay fiesta ni hay nada. El toro tiene que tener casta. Yo prefiero el toro andaluz por eso, porque es más toro, más auténtica fiera. Con él no caben filigranas, si no se ha sabido antes dominarlos. Con toros así, con genio e instinto, con poder y conocimiento, estaba Belmonte superior. Actualmente los toros, sobre todo los que no se crían en Andalucía, se han ido recortando, son toros menos toros, ¿comprende usted?

—Comprendo. Pero convenga en que para las exigencias actuales de los espectadores, los toros deben ser...

—Sí, sí, claro... El público influye mucho en la formación de un torero, puesto que éste, para colocarse, ha de complacerle. Son cambios que traen los tiempos. Pepe Bienvenida hizo esta temporada en Madrid dos faenas que se silbaron, a pesar de que, a mi juicio, fueron dos faenas de dominio, de poder, con el toro... Es que hoy se exige una clase especial de toro, un modo único que no puede servir para todos los toros, pero que en cuanto no se hace se protesta...

—¿Le hubiera gustado ser torero?

—No. Tengo demasiado miedo para eso. Lo que me hubiera gustado es ser un gran pintor.

—¿No lo es usted?

—No. Soy sólo un modesto dibujante que se entretiene con la pintura. Se me pasan las horas sin darme cuenta cuando cojo los pinceles, lo que es siempre que he dejado listo el trabajo a entregar...

—¿Le añadiría o le quitaría algo a la fiesta?

—No le quitaría más que los burladeros para evitar que los toros derrotaran en ellos, destruyéndose y perdiendo el poder...

Antonio Casero, con las últimas palabras, coloca sobre la mesa la gran cartulina en la que se dispone a fijar con su maestría prodigiosa los momentos culminantes de la corrida que acaba de ver, esos momentos que él sabe captar con su arte impresionista, con ese trazo repentino que constituye la animación y la intensa vida de sus dibujos.

HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA



*Concurso
taurino*

¿En qué fecha tomó la alternativa Manuel Torres Bombita III?

¿En qué año se retiró?

Escriba con el título: "PARA EL CONCURSO TAURINO DE HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA", a la Empresa anunciadora "Hijos de Valeriano Pérez", Cruz, 7, Madrid; respondiendo a estas dos preguntas, y si son debidamente contestadas, podrá participar en el sorteo que se celebrará diez días después de la publicación de este anuncio. Por tanto, el cierre de admisión de éstas se efectuará dicho día, a las ocho de la noche.

PREMIOS

UN PREMIO DE 100 pesetas y otros DOSCIENTOS PREMIOS, consistientes en un paquete de hojas de afeitar "MEZQUITA".

Los premios serán enviados a los señores favorecidos directamente a su domicilio, tanto a los residentes en Madrid como a los de provincias, para lo cual suplicamos a cuantos escriban amoten claramente su nombre, apellidos y domicilio.

SOLUCION AL CONCURSO ANTERIOR

Antonio Boto, Regaterín, tomó la alternativa el 30 de octubre de 1904, y se retiró el 27 de junio de 1916.

Obtuvo el primer premio don José Ortiz Alvarez, de Sevilla.

HOJAS DE AFEITAR HAY MUCHAS...



MEZQUITA
UNA SOLA

Publicidad: HIJOS DE VALERIANO PEREZ.—Cruz, 7. MADRID

A PUNTA DE CAPOTE

Los amores del ESPARTERO

Por FEDERICO OLIVER

En la tertulia dominical del poeta Rodríguez Marín —y digo poeta porque es el dictado que más me enorgullecía al insigne don Francisco— hablabamos cierta mañana el donoso bachiller de cosas tan disparates

como la tumba del Espartero y los Bufos de Arderius. ¿Qué tenía que ver la una cosa con la otra? ¿Qué las bellas usurpantas precursoras de las actuales señoritas del conjunto, con la muerte del torero? Dejo esta pregunta en el aire porque el ingenioso conversador jamás dejaba un hilo suelto en su amenísima charla. Y esta vez, antes que un hilo, abandonaba un ovillo entero en nuestra atención perpleja, por-

que vino a parar en la pintera conmovida del Cristo de la Expiración, original de Antonio Susillo. Este magno Crucifijo se levanta en la rotonda central del cementerio de San Fernando, de Sevilla. Un camposanto que si no fuera por su sagrado destino tendríase por un vergel más entre los floridos vergeles sevillanos. La imagen del Redentor, fundida en un bronce que parece carne viva estriada en sangre al destello solar, tiene la faz divina vuelta a lo azul. De su boca entreabierta parecen brotar las santas palabras expirantes, y no brotan sino abejas, que son también palabras sublimes del Creador. Porque bueno es que sepas, lector, que un enjambre de aquellas aladas criaturas ha hecho colmena en la oquedad del bronce sin otra salida al exterior que los labios de Jesús. Ciertamente es un espectáculo conmovedor el vuelo girostático de las abejas en redor de la corona de espinas.

—Pues bien —dijo el maestro—; al pie de esta obra de mi gran amigo el escultor suicida tuve ocasión de estrechar la mano del capellán del cementerio de Sevilla. Aquel buen cura poseía viva imaginación, gran ingenio y don de gentes. Y ya, casi amigos, en el momento de despedirnos, hube de manifestarle mi deseo de visitar la tumba del Espartero.

—¡No faltaba, más! —dijo—. Yo mismo les acompañaré. Y, en efecto, con él fuimos hasta la sepultura del famoso lidiador.

—No pueden ustedes imaginarse —nos decía el sacerdote— el número de personas que ha desfilaro por aquí en los primeros meses de la desgracia. Puede decirse que toda Sevilla, y aun la España que por Sevilla viene en primavera, ha dejado en esta losa la flor de un Padrenuestro. Y una mujer...

Miramos al capellán con muda in-

terrogación. La mujer, cuando se la nombra de improviso sobre una tumba, tiene algo de sortilegio.

—No sé si será discreto —murmuró—; pero, en fin, allá va. Una mujer, dijo mejor una dama, vestida de negro, se apeaba todos los viernes de un coche cerrado.

Llegaba aquí, y puesta de hinojos a b a n d o naba en la losa, con rezos y lágrimas, unas flores tempranas o tardías, según su tiempo.

¿Quién era aquella mujer? Y como todo se sabe en su momento, supe quién era. Y supe más.

Y un día de nubes bajas apeóse la dama de negro del coche cerrado. Empezaba a llover y... no traía paraguas. Yo

entonces salí a su encuentro y le ofrecí cobijo con el mío. Aceptó con un levisimo temblor de perplejidad. No sé por qué me asaltaba el sentimiento de que hubiera preferido la lluvia a mi compañía. Llegamos aquí. Arrodillóse y comenzó su plegaria. Yo la observaba de alto a bajo al defenderla de la lluvia que caía de través. Al terminar ella, comencé yo. Recé un Padrenuestro y bendije la sepultura. Esto me captó su inmediata simpatía y me besó la mano. Alentado entonces, le dije con toda la gravedad de mi respeto: ¿No le parece a usted, señora mía, que debemos cumplir también con el alma de su marido, que tan cerca descansa de la tumba del pobre Manuel?

Apenas si me contestó con un gesto de conformidad. Púsose de hinojos en la tumba del marido. Y no puedo precisar su devoción en este caso, porque el velillo le tapaba el rostro. Baste saber que al terminar el Padrenuestro no me besó la mano. Yo entonces comprendí dónde descansaba el verdadero amor.

Al regreso me vi y me deseé para taparla con el paraguas. Corría más que andaba. Morió en el carruaje, me dijo adiós con la mano, partió, y... ¡no la he vuelto a ver más!

—Bueno, don Francisco: termina usted su anécdota interesante, y contra su costumbre deja usted un cabo suelto: ¿Qué tienen que ver las usurpantas de Arderius con la tumba del Espartero?

El gran investigador no quiso contestar. Una sonrisa vagaba en su barba de armiño; y en sus ojos, de ordinario brillantes de malicia, había una transparencia que permitía columbrar en el fondo de sus pupilas la imagen del Crucificado con la miel de la misericordia para las flaquezas humanas.



La tumba de El Espartero, en el cementerio de Sevilla

Cuando el GALLO SE CASÓ

Por JOSE SIMON VALDIVIELSO

Con inexplicable sigilo, dándole un quiebro a cuerpo limpio a la curiosidad popular, burlando habilidosamente el afán informativo de los periodistas, aunque no con tan perfecto logro que impidiera a uno, al menos, el reportero gráfico Rivero, recoger con su máquina ese documento único del acontecimiento que hoy reproducimos, comparecieron un lunes del mes de febrero de 1911 en la iglesia parroquial de San Sebastián, en Madrid, para contraer matrimonio, la señorita María Pastora Rojas Monges y don Rafael Gómez Ortega, acompañado de un reducidísimo número de amigos y parientes.

¿Que por qué exhumamos ahora esto, que parece una leve noticia de sociedad que por el tiempo transcurrido es ya, más que «fiambre», «fósil»? ¿Que qué importancia puede tener el que una señorita y un caballero adopten la decisión temeraria de contraer justas nupcias, ahorcando, con gloriosa insensatez, todas las prerrogativas que hacen del célibe un ser independiente y envidiable? Pues, ¡ay, amigos!, porque esta boda fué la cima alcanzada en su línea ascensional por una apasionante historia de amor que poco después había de depeñarse, barranca abajo, a cimas de misterio impenetrable. Y porque sus protagonistas son nada menos que Pastora Imperio y Rafael el Gallo.

Treinta y cuatro años van transcurridos ya y nos parece que fué ayer —cualquiera diría que el tiempo viaja en un avión que hace velocidades de diez años por hora— cuando aquellas dos figuras, las más populares y admiradas entonces, vivían el romántico idilio que culminó en la boda y se apagó, fundido en sombras y silencio.

Pastora, desde los escenarios, encendía el entusiasmo de los espectadores contándoles, con música de pasodoble torero, que «había recorrido muchos países...» e iluminando con los reflejos esmeraldinos de sus maravillosos ojos verdes la mancha blanca del foco, mientras bailaba a la guitarra «por alegrías», moviendo la airosa bata de cola con el garbo inimitable —quien lo hereda no lo roba— de su madre la Mejorana. Rafaé, que aun conservaba todo su pelo, enloquecía desde los ruedos a las multitudes con el salero genial de su toreo que no ha tenido continuador. Y los dos y cada uno eran medula, extracto, *specimen* de una raza que en todas las modalidades del arte que cultiva deja la impronta de su fuerte personalidad, de su «manera» peculiar y singularísima.

Y el amor de los dos, la estrella y el torero —¡buen título para una película española de



Los novios, sus padrinos y testigos ante el altar de Belén, en la iglesia de San Sebastián, de Madrid, donde recibieron la bendición

exportación!— fué cobijado, amparado, acunado por la cariñosa simpatía de todos; tuvo desde el primer instante toda la complacencia popular porque era la novela hecha realidad o una hermosa realidad novelesca.

Lo que ocurriera después bien está tras el espeso muro de reserva que lo defiende. Es cosa que atañe exclusivamente a los interesados, y a los demás no nos importa en absoluto. Esto sí, porque esto pertenece al dominio público y porque es la parte buena, bella y noble, de esta historia amorosa. Esto sí, porque esto es la evocación de una época, no sé si mala o buena —allá sus detractores y panegiristas que lo pongan en claro—; pero, indudablemente, bonita y desbordante de gracia y simpatía; es la evocación de un Madrid íntimo cuyos habitantes se contaban sin necesidad de apelar a las apabullantes siete cifras que hoy registran los censos, un Madrid reducido, familiar, con «su cara», que se perdió detrás de los afeites que le han igualado a cualquiera de las grandes ciudades europeas.

Al contemplar esta fotografía, en que los contrayentes aparecen rodeados de una guardia de honor de bigotes audaces con erguida fanfarria de bigote de mosquetero gas-

cón, revive palpitante, estremecida de esperanza, de avidez y de fuerza, nuestra primera juventud —aun vivimos una juventud nueva del espíritu, ¡y las que viviremos, si Dios es servido, hasta el instante fatal de nuestro óbito!— a la que hace ya tiempo sepultamos en tejido adiposo, poniéndola encima un melancólico ejemplar de canas.

Año 1911. Ricardo Torres (Bombita), Rafael González (Machaquito), Vicente Pastor...

Y Rafael el Gallo, deslumbrador, desconcertante gitano entero y pleno, «por los cuatro costaos», que lo mismo se arrima como nadie que «juye» como nadie; que se empina sobre el Capitolio de los apoteosis triunfales o se despeña por la roca Tarpeya de los fracasos más ruidosos; que se casa y se descasa sin que se entere nadie o casi nadie; que se acuesta «sin una lata» en el bolsillo y que al día siguiente tira, con su proverbial prodigalidad y su señorial indiferencia, los montones de billetes de mil pesetas...

¡Rafael el Gallo, joven, espigado y «bien peinado»! El corazón nos late en el arca del pecho con la alegría violenta de un pájaro loco.

LIBROS TAURINOS DE 1945



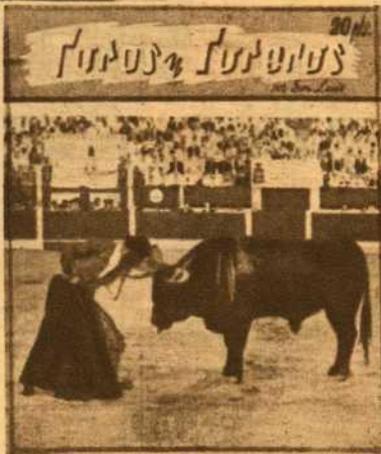
Por EL CACHETERO

cuenta de las clásicas "Tauromaquias", hubiese uno de mi modesta firma sobre esa obra "Los toros" — o "el Cossío", como en abreviatura estudiantil le llamamos sus admiradores y consultantes—, es decir, la más moderna y definitiva "Tauromaquia". Pero, en fin, tanto la serie como el remate y mi impaciencia, que es la de todos, habrán de esperar aún.

Se cita a Cossío, además, porque su obra ha impreso carácter en la literatura taurina. El Cossío, dije yo una vez, es y significa, además de muchas cosas, el antiquísimo, la redacción de la bibliografía taurina y su elevamiento al rango de Libro. He aquí que en esta serie que vamos a comentar, el primer rasgo común es el que de libros se trata, y ya es bastante, junto con su calidad intrínseca, para consolarnos del descenso o estacionamiento cuantitativo.

Por riguroso orden cronológico, el primer lugar ha de corresponder al libro "Ganadería brava.—Generalidades, citas y comentarios sobre el toro de lidia", original de don Alberto Vera, que ha popularizado en el semanario "Domingo", con su seudónimo de "Areva", una intensa campaña, de las más beneficiosas que pueden hacerse en estos momentos sobre una afición desorientada, sobre lo que en nuestra jerga llamamos "torismo", que viene a ser la valorización del toro en el sitio justo que en la fiesta le corresponde. El autor, indubitante autoridad en la materia, abunda en el tema lo preciso para que el aficionado, aun el más enterado y no digamos de los de hogar, sienta la necesidad de su conocimiento como imprescindible para poder emitir el más mínimo juicio desde el tendido, porque la mitad de la fiesta —el toro— se nos revela en el volumen con toda su necesidad y como un grito de alarma. Un buen libro, avalado con un interesantísimo apéndice sobre la antigüedad en Madrid de las ganaderías de lidia, que no debe faltar ni en los estantes ni menos en la conciencia del aficionado.

Enrique Vila, el prestigioso crítico sevillano, cuya afición y buena pluma escapa con frecuencia a las páginas del libro, ha publicado uno, "El negocio de los toros", en que, aparte su agudeza e interés, adquiere valor indubitable por el enfoque absolutamente original, del negocio, y aun hipotrofiado respaldo industrial y económico de la fiesta. En este fin, el que para el soporte básico del tinglado que puede ahogar las esencias de la fiesta, está el libro, aménísimo, lleno de aciertos, esmaltado de ejemplos, que son sabrosísimas anécdotas, y que ha constituido un éxito más de los que ya lleva conseguidos el autor.



"Don Luis", el ya veterano y reputado crítico madrileño, ha dado a la estampa el tomo correspondiente a 1943 y 1944 de su anuario taurino "Toros y toreros". Todo cuanto pudiera decirse de esta obra, conocida ventajosamente de los aficionados, de su utilidad imprescindible para el erudito o para el simple curioso, que de por sabido, sin más que añadir que el tomo actual, por su presentación, por el minucioso cuidado estadístico de todos los aspectos de la fiesta, por los comentarios iniciales que le sirven de prólogo e incluso por las apostillas de cada dato concreto, sirve ventajosamente al interés creciente de la obra "Toros y toreros". En el tomo actual se menciona, por cierto, la aparición de EL RUEDO, al que se califica de "buen periódico, aun con el defecto de cierta insuficiencia técnica". Aquí quisiera terminar diciéndote a mi estimado colega "Don Luis" una anécdota muy conocida de Bernard Shaw, que incluso se ha exhumado recientemente en un periódico. Parece ser que el estreno de una obra famosa del gran dramaturgo irlandés constituyó un éxito apoteósico. Todo eran aplausos y llamadas a escena en el acto final de la obra. Solamente un espectador silbaba con furia. Bernard Shaw, que se hallaba en el escenario recibiendo las aclamaciones, se adelantó, reclamó silencio, y dirigiéndose al que silbaba, le dijo:

—Estoy absolutamente conforme con usted, mi querido señor, pero, ¿qué vamos a hacer usted y yo solos contra todos los demás?

A SI, a mediados de la temporada, hay que hacer un paréntesis en los afanes de la misma y tratar de un importante asunto de la materia taurina, como es su bibliografía, por lo menos en lo que a esta primera parte del curso taurino se refiere. Aposta he dejado pasar la pleamar editora que tiene su ápice en la Feria del Libro, por si esa corriente nos sumaba algún libro más a la lista. Esta es, pues, la hora en que puede hacerse un resumen del medio año corriente. Sirvan estas líneas preliminares de excusa, a la vez que de confesión de propósito, hacia el posible retraso en comentar, como se merecen publicaciones taurinas llegadas a mis manos meses y semanas hace. Esta fecha, relacionada con el año, nos da, tras de dos meses de preparación, la sazón de cuatro de pleno desenvolvimiento. La opuesta de fin de año nos ofrece panorama contrario, pero que suma lo mismo al fin y a la postre. Y así, en las dos, abarcaremos cuanto la fiesta de toros haya sugerido a los escritores sean o no especialistas, que quieran reportar su grano de arena o su piedra sillar al edificio de la bibliografía taurina.

Así, a primera vista, si comparamos la producción del lapso de tiempo que ceñimos a otros anteriores, podría parecer que se descendió en cantidad. Tres libros importantes han de reseñarse, y si precisamos más, se verá que sólo dos obedecen a un espontáneo deseo de tallar una faceta más en los problemas del toro, ya que el otro no es sino prosecución de una meritísima labor recopiladora. Por otra parte, no hemos de callar nuestra impaciencia por ver ya en pública luz el tomo segundo de esa obra monumental y definitiva de José María de Cossío, que ha de significar su culminación. Precisamente no he callado al autor mi deseo de que, como remate de esa serie de artículos que tiene a bien ir enviando a EL RUEDO dando noticia es

NUESTRA CONTRAPORTADA

MIGUEL BAEZ, LITRI



Nació Miguel Baez Quintero en Huelva el 15 de mayo de 1869. Su padre fue el modestísimo torero apodado el Mequí, y fué hijo suyo el famosísimo Litri, muerto, a consecuencia de una cogida, en febrero de 1926, en Málaga.

Un día envió el Mequí a su hijo Miguel a buscar paja a las Marismas de el Rincón. Iba el

muchacho a cumplir lo mandado por su padre, cuando le salió al encuentro un toro desmandado. Miguel se toró varias veces con el saco que aun llevaba vacío; pero finalmente fué volteado por la res y herido en un muslo. Esta aventura avivó los deseos que sentía de hacerse torero y se lanzó a toroar en las capeas de los pueblos. Fue, durante algún tiempo, el norte de cuantas fiestas pueblerinas se celebraban en su región, y su fama llegó a ser tanta que en 1888 hizo su presentación en Sevilla en una novillada en la que torearon con él Fabril y Currito Avilés. Mató en su primero de una gran estocada. A petición del público se dispuso a banderillar al quinto; resbaló, fué cogido y entró en la enfermería. Mientras le curaban se dió cuenta Litri de que habían dado suelta al sexto novillo, que le correspondía mata; rogó al médico que suspendiese la cura para terminarla cuando acabase la corrida; volvió al ruedo y mató al sexto de una formidable estocada. Antes, en 1884, asistió como espectador a una novillada organizada por varios aficionados de Huelva, y al darse cuenta de que uno de los matadores no se atrevía a dar cuenta de su novillo, después de pedir permiso, lo mató él, y en 1886 banderilló y mató, en la Plaza de Aroche, tres toros de siete años, que no fueron picados, a pesar de haber sido herido por el primero al lancear de capa. Cobró por esta corrida treinta pesetas, un reloj y un jamón. El 1 de noviembre de 1890 se presentó en Madrid, estoqueando novillos de Mazpule, con Bonarillo. Es, desde esta fecha, uno de los novilleros más solicitados, y el 30 de septiembre de 1893 recibe la alternativa en Sevilla de manos de Bonarillo, que le cede la muerte del toro Teo r r, de la ganadería de don Antonio Haleón. El 28 de octubre de 1894, Rafael Guerra le cede en Madrid la muerte del toro Sentimientos, del duque de Veragua, y con la confirmación de la alternativa comienza el ocaso de Miguel Baez, en el que sin duda influyó su excesiva gordura y su gran modestia. Siguió toreando en plazas importantes; continuó demostrando que era un lidiador excepcionalmente valiente, a pesar de lo mucho que le castigaron los toros; fué, poco a poco, olvidado por las empresas, y el 6 de septiembre de 1911 toreó por última vez en Huelva una corrida muy mansa de la ganadería del marqués de Castellones, con Coberito de Bilbao y Francisco Martín Vázquez. En esta corrida fué cogido por el primer buey, que le dió una cornada, de pronóstico reservado, en el cuello. Pocos días después, a instancias de sus familiares, se cortó la coleta. Era muy querido por sus paisanos y fué elegido concejal, cargo que desempeñó a satisfacción de sus paisanos.

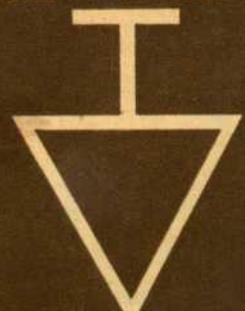
Fué ercto como lidiador, pero como estoqueador y torero valiente, pudo codearse con el primero.

Falleció en Málaga el 14 de enero de 1932, casi seis años después de la muerte de su hijo Manuel Baez, Litri, como él, torero valiente hasta la exageración.

BALSAMO HAZUL
 Unguento antiséptico
 para accidentes y enfermedades de la Piel
 QUEMADURAS • CRANOS • ULCERAS • HERIDAS

VENTA EN FARMACIAS
 (Autorizado por la Censura Sanitaria)

GANADERÍAS PRESTIGIOSAS





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

UN AYUDADO POR ALTO

QUIZÁ aquella tarde todo le saliera redondo a Rafael. Es posible que en el toro primero cortase las orejas, porque en este segundo suyo tiene la planta muy bien sentada, muy tranquila y muy torera. Muy gitano —en una palabra— está el calé, al comenzar la faena.

Con aire de rito —sumo sacerdote de un arte incopiable—, muy serio el rostro, compuesta la figura sin proponérselo, es decir, como algo en él habitual, aguanta impertérrito la arrancada del bicho que, resoplando su furia y ansioso de cornear, pasa por debajo de la muleta que marca en el aire este pase que antaño, sin saber por qué, se llamara del «celestes imperio».

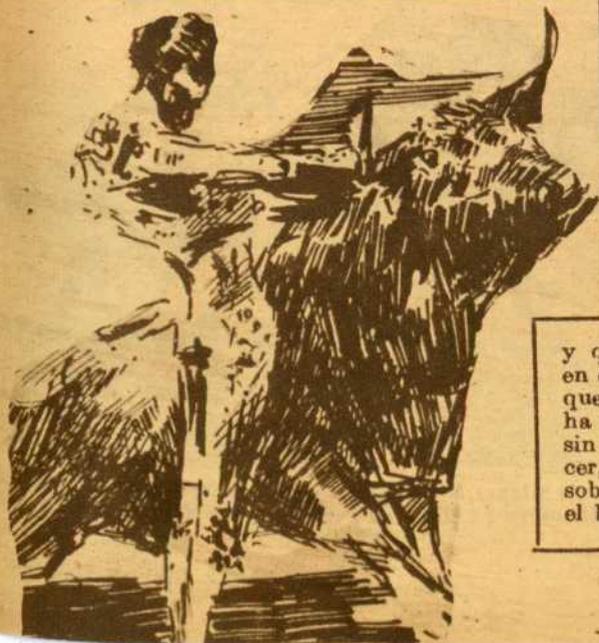
¡Buen principio! Esto mismo pensarían los espectadores enternecidos ante la prestancia y gracia del Gallo, que como muy pacos supo dar y dió este pase comienzo de faena, y que generalmente viene a demostrar las ganas con que el diestro ha cogido espada y muleta. Buen principio, porque no ha habido ni siquiera los pases previos de tanteo, ni se ha echado la muleta a abajo para doblar al toro

y quebrantar su poder y embeberle en el trapo rojo. Buen principio, porque el torero ha salido confiado y se ha ido muy derecho hacia el bicho y sin titubeos, sabiendo lo que iba a hacer, ha juntado la planta, y los brazos sobre el plano de la franela y erguido el busto, que achata la montera —jesa

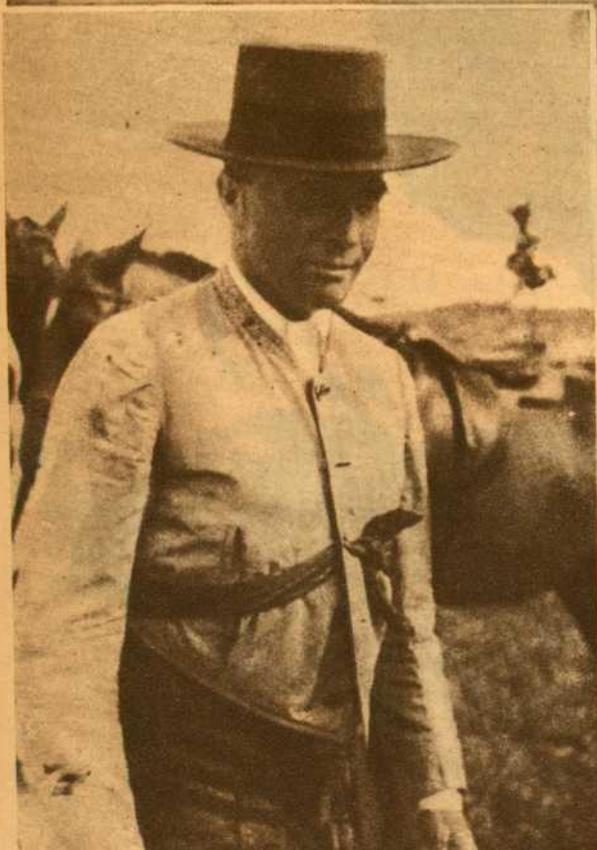
montera de los segundos toros de aquellos tiempos!—, ha gritado al toro hasta provocar su arrancada. Y allí mismo, donde se puso, sin moverse y sólo contoneando el cuerpo con el aire inconfundible de la gente del bronce, en un paso de baile que no se marca, pero que se adivina, ha dejado pasar los afilados cuernos que buscaban su pecho y que hasta llegaron a rozárselo junto a las caracolas que forman los pliegues de la pechera de su camisa.

Buen principio, porque ganas sí que tenía el calé. No sabemos si luego ligó faena, aunque nos inclinamos a creer que sí. ¡Y en grande! Está muy dueño de sí mismo el torero, embebido en su propia obra, echándole mucho color a la estampa con un solo brochazo de su genialidad. Pero todo esto sin proponérselo: Rafael está toreando para él mismo.

Pero aunque la faena no surgiera por mor de aquellas cosas que le sucedían al más calé de los calés que pisaron rúedos del mundo, tampoco importa demasiado. Al comenzar supusimos que en el toro anterior las cosas habían rodado bien y si para colmo a este otro lo saludaba —para ir empezando— con este «celestes imperio», que para gloria de toreros y ejemplo, un bendito fotógrafo tuvo el acierto de recoger en su cámara oscura —creemos que ya hubo materia comentable suficiente para una semana—. Si hoy se oye hablar por las tertulias y hasta por las calles de una media verónica que se dió a lo largo de seis toros interminables, qué no dirían los gallistas de aquellos tiempos que comentamos.



Una tarde en la finca del duque de Pinohermoso

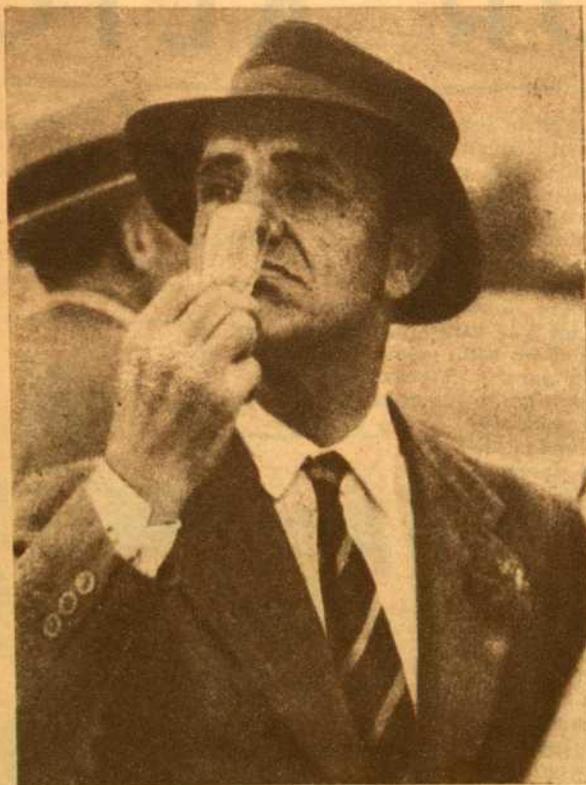


El duque de Pinohermoso, que ha dado una fiesta campera en la finca de su propiedad «Monasterio».

LA finca «Monasterio», propiedad del duque de Pinohermoso, está hoy de gala. Hay fiesta campera. Unas vacas van a ser tentadas, y han llegado aficionados de solera y toreros de los carteles de ayer y hoy.

El duque —gran caballista y ganadero y exquisito aficionado— va y viene dando órdenes, atendiendo a todos y saludando a los que llegan. Corre de un lado para otro, presto a todo y dando los últimos toques para que las cosas salgan a pedir de boca.

Van llegando los invitados. El traje campero destaca su corte sobre las prendas de la ciudad. El marqués de Villabrágima, Cristina Maza, la señora de Olivares, Belmonte, padre e hijo, Luis Miguel Dominguín, José María Ossío, don Eugenio Luque, vienen a la fiesta y toman posiciones. Más invitados, cuyos nombres no vamos a



Como los buenos bebedores, Juan Belmonte aspira el aroma de la manzanilla antes de saborearla



El duque de Pinohermoso dando una magnífica verónica a una de las vacas que se tentaron en la placita de su finca «Monasterio», emplazada en el término de San Lorenzo del Escorial



Conchita Cintrón, que asistió a la fiesta se retrata junto al ganadero, ambos dispuestos para las faenas



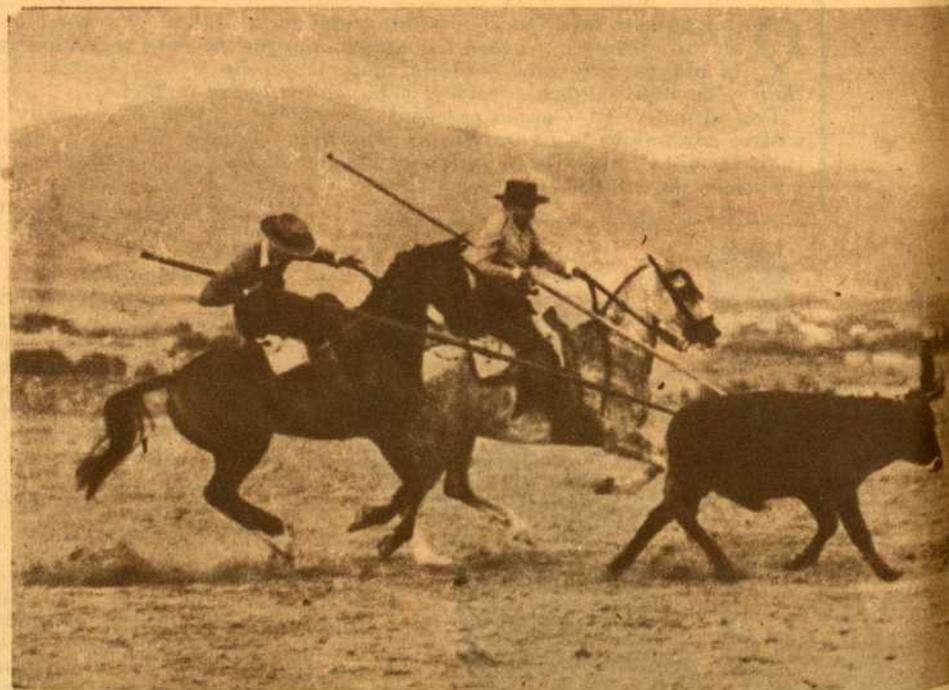
El ganadero, gran caballista, derriba, después de animada carrera, a la vaca. Bella estampa del caballista vencedor de la furia alocada de la res

ESTAMPA ESPAÑOLA
DE
ACOSO Y DERRIBO

ir enumerando, para no hacer interminable la lista. Entre todos, la serena y rubia belleza de Conchita Cintrón, cuyo traje campero le da un aire de chicuelo travieso, de novillero de cartel.

Se forman las colleras que van a intervenir en el acoso y derribo de reses. El marqués de Villabrágima, con don Eugenio Luque; Cristina Maza y la señora de Olivares, y el duque de Pinohermoso y Luis Miguel Dominguín. En marcha.

Ya los caballos, inquietos, hacen sonar sus cascos en el caracol o impaciente de la espera. Pronto las parejas comienzan su desfile para tomar parte en el acoso y derribo, que se realiza con toda la espectacularidad y belleza de esta estampa de la fiesta española. Se suceden los incidentes, y los espectadores siguen con interés la bizarra alegría de los ga-



El duque de Pinohermoso y Luis Miguel Dominguín, que formaron una de las colleras, persiguen a una becerro. El torero ya clava su garrocha, que derribará al bicho

FIESTA CAMPERA EN «MONASTERIO»



Cristina Maza y la señora de Olivares, que también formaron una de las colleras, posan para el fotógrafo, dispuestas para entrar en juego inmediatamente



La gran rejoneadora Conchita Cintrón dió un curso de bien torear en la fiesta. HeLa aquí dando un formidable natural



Otro pase de Conchita a la becerro que toreó. Un ayudado por alto, en la que la Cintrón compone la figura con la mejor gracia

CONCHITA CINTRON y el arte de su toreo a pie

trochistas, que persiguen y tumban a las becerras una tras otra.

Pero ya se llega al final, y entonces es cuando en la alegre placita de la finca, Conchita Cintrón, en amistosa competencia con el ganadero, simulan la suerte del rejoneo con las vacas. El galopar de los caballos en tan corto espacio hace más difícil y emocionante la labor, y ambos dan muestras de su buena escuela de caballista y de su gran arte de rejoneadores. Más tarde, Conchita echa pie a tierra. Mucho se ha hablado de la extraordinaria rejoneadora como torera. Pero, sin embargo, todo palidece ante la gracia sin par de esta chililla, con la muleta en la mano. Uno a uno, sus pases se van jaleando, y el ambiente se calienta en la maravilla de una faena llena de sabor.

Después, son los invitados los que quieren "estirarse" ante los cuernos de las vacas, echando a la práctica toda esa serie de teorías que han ido amontonando en muchos años de sentarse en los tendidos. Y así sale ello. Hay risas, al grito y buenos deseos en todos. La fiesta va caminando hacia su fin, y en el ánimo de todos está el deseo de que aquello no debía acabarse.

Sin embargo, es necesario. Y, al fin, hay que abandonar la placita. La caravana camina risueña y feliz hacia la casa de la finca. La tarde va cayendo, y el aire, perdiendo esa densidad que le da el calor. Risas femeninas

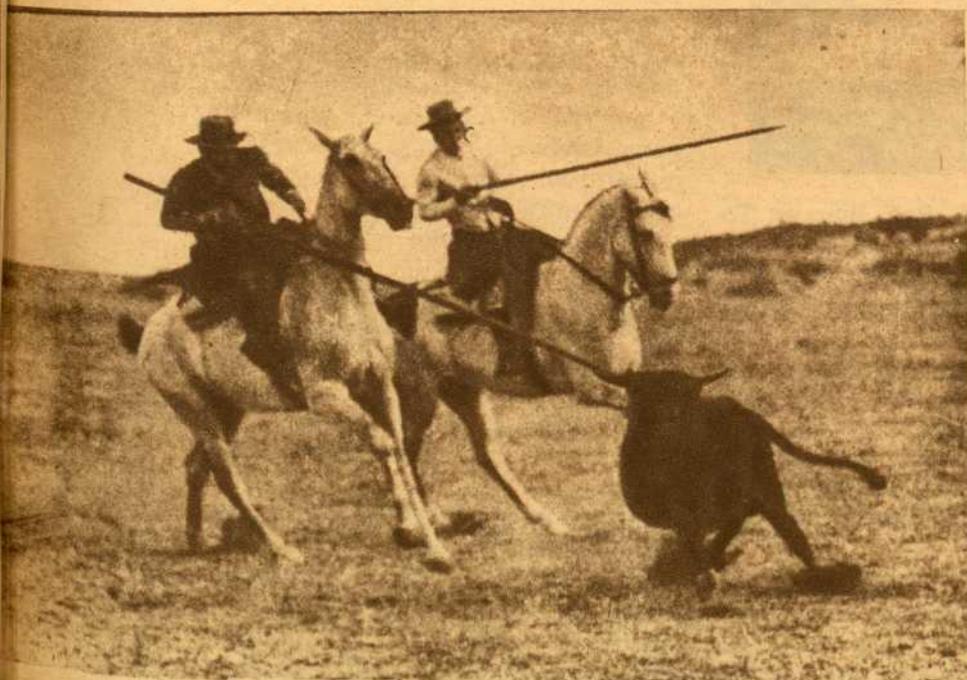


La simpatía y gracia del rostro de Conchita resplandece en esta foto, al que presta el sombrero andaluz la picardía de un chicuelo sevillano

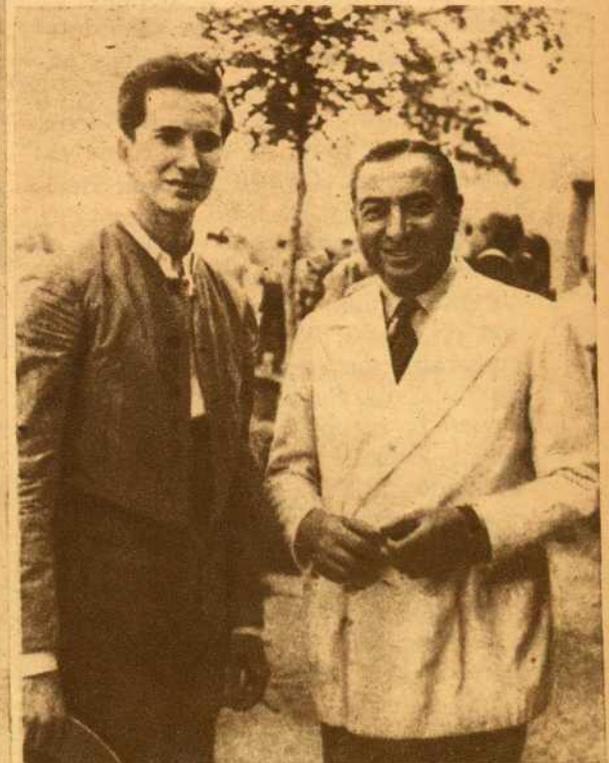
salтан de vez en cuando entre el zumbido del comentario.

Una vez en la casa, el duque obsequia con un refrigerio en la terraza. Allí la conversación se anima aún más, y los incidentes se comentan de nuevo y van saltando de un grupo a otro, que los estrujan hasta dejarlos inservibles. Pero hay mucho que hablar, y no importa. Ha sido un largo día y mucha la actividad, y, por tanto, hay motivos sobrados para contar, y largo. Pero si no, aun habrá tema para variar un poco: se hablará de toros.

Y empieza a cerrirse la noche sobre el campo y a encenderse los faros de los coches, que lanzan sus haces sobre el asfalto de la carretera. Poco a poco se va iniciando el desfile, y la casa va perdiendo su bullicio. Pronto quedará en silencio, y únicamente el mugido de alguna vaca resonará en la quietud de este campo, cerrado entre montañas.



El marqués de Villabragima, con Conchita Cintrón, corren junto a la becerro, la cual, prendida de la garrocha del marqués, pierde el equilibrio y caerá prontamente



Luis Miguel Dominguín y Perico Chicote durante la fiesta que se dió al final en la terraza de la casa del duque de Pinhermoso (Fotos Mari)

Charla con FERMIN RIVERA

El torero que estuvo a punto de ser cura



EL "jefe de patio" de la estación férrea de San Luis de Potosí, en Méjico, don Manuel Rivera, tenía nueve hijos: ocho varones y una hembra.

Su esposa, doña Concepción Malabiar, profundamente cristiana, de acendrada y practicante religiosidad, estaba entusiasmada de la aplicación y aprovechamiento con que uno de sus hijos, Fermín, terminaba, a los trece años de edad, los estudios que equivalen, en el Bachillerato de aquel país, a nuestro Bachillerato.

Concibió entonces la ilusión de que Fermín siguiera la carrera eclesiástica. Y el chiquillo, educado en tan cristiano hogar, aceptó con gusto la inclinación materna, que rimaba con sus gustos, y se disponía a ingresar en el Seminario.

Pero... Ocurrió que ocho días después de acabar el grado de bachiller se le ofreció el premio de asistir a una corrida de toros que se celebraba en San Luis. Eran toros de Ibarra y actuaban como matadores Carmelo Pérez y Guillermo Dangleada.

Fué un deslumbramiento para los ojos del chico, a quien el calor y la emoción de la fiesta, que por primera vez veía, se le metieron en el alma.

Y allí se quebró la inclinación de Fermín Rivera a la vida sacerdotal y surgió la vocación arrolladora hacia el oficio de torero.

Un antiguo banderillero de Gacna, el Patatero, tenía en Méjico una escuela taurina. De allí salieron Heriberto García y Ricardo Torres. Y a ella acudió, sobrado de corazón y de ambiciones, aquel mocoso feble y chiquito, quien tras rápidos progresos, en el año 1934, cuando tenía dieciséis sin cumplir, debutó en la Plaza de San Luis. Su compañero de cartel era nada menos que Cervantes. Que si en España tuvimos un novillero apodado Calderón de la Barca, en Méjico nos ganaron la pelea teniendo a Manuel de Cervantes.

El debut fué como para correr en busca del Padre Rector del Seminario y pedirle asilo. Porque, aun habiendo toreado muy bien, a la hora de matar, a causa de su diminuta estatura, Fermín Rivera no pudo llegar al morrillo, y vió cómo sus toros volvían vivitos e ilesos a los corrales.

Después... Después vino el estirón

El chiquillo creció en estatura y en fortaleza y siguió su carrera; con tal fortuna, que en aquel mismo año 34 tomaba parte en treinta y dos novilladas, cuatro de ellas, en domingos seguidos, en la Plaza de El Toreo.

En diciembre del 35, Fermín Espinosa le dió la alternativa de matador de toros, matando el toro Parlero, de la ganadería de Rancho Seco, que brindó a su maestro, Patatero. Fué testigo de esta alternativa el vallisoletano Fernando Domínguez.

De novillero ganó la Oreja de Plata, y de matador de toros, la Oreja de Oro, que se otorga en una competencia de seis matadores. En ésta alternó y ganó la pelea con Armillita, El Soldado, Lorenzo Garza, Carnicerito de Méjico y Solórzano.

Con este torero mejicano, cuya actuación en las Plazas españolas ha sido lo bastante brillante para destacar su calidad, hemos charlado en la tertulia del café Choko, de San Sebastián, donde descansa-



El mejicano parece contemplar el kilométrico con un aire interrogativo. ¿Cuánto ir y venir en la vida de un torero? (Fots. Marín y Zarkhijo)

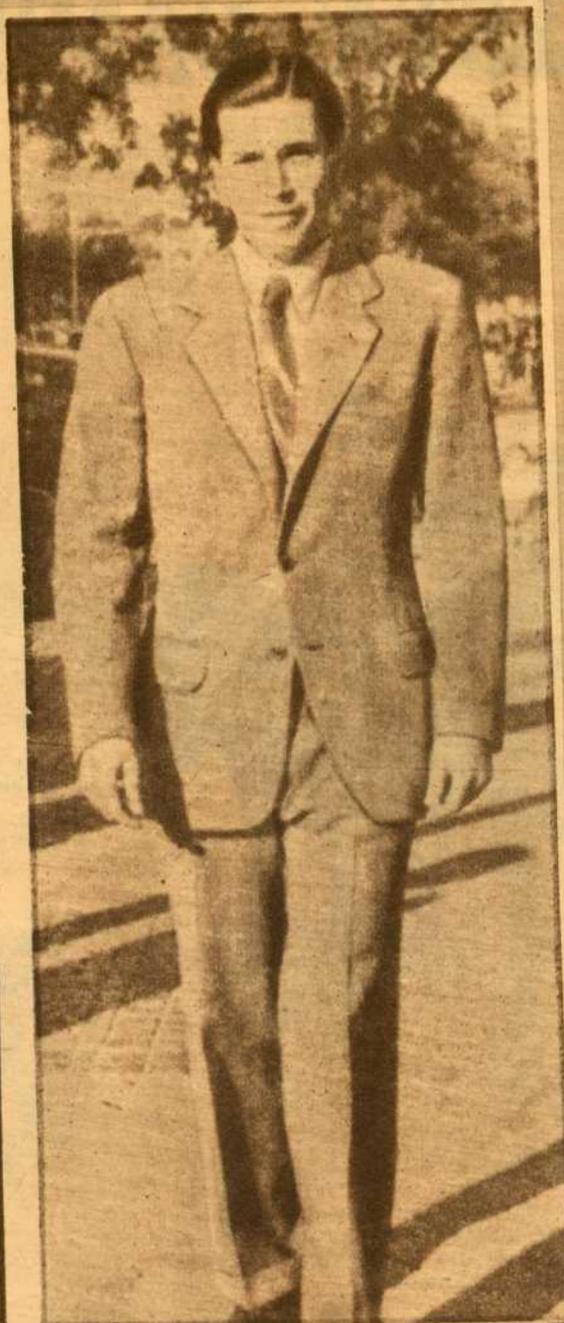
ba en el intervalo de la corrida de San Juan en Toluca y la de San Pedro en Burgos.

—San Sebastián—nos decía—era desconocido para mí. Hoy puedo decir que es la ciudad más bonita que he visto.

Le ha entusiasmado el urbanismo donostiarra; y a buen seguro que en esa admiración tiene parte destacada una cazuela de bacalao preparada por Celestino de la Cruz y unos *entrecots*—clase inigualada—que llevó Eduardo Vega de Seoane, abdicando de su manoleatismo fanático, en la popularísima Sociedad Gaztelubide.

—¿Cómo fué su venida a España?—le preguntamos.

—Verá—nos dice—. En el mes de abril de 1936 llegué a Madrid con deseos de torear. Llegué en el momento del pleito taurino y no pude debutar. Me hospedé en una pensión que tenía Martín Agüero en la calle de Ventura de la Vega. Conocí allí a su herma-



Fermin Rivera, el torero mejicano, paseando por San Sebastián

na Angeles, me enamoré de ella y fuimos novios. En el mes de agosto, cuando en Madrid había fracasado el Movimiento, logré, por mediación de nuestro embajador, señor Pérez Treviño, salir para Valencia y volví a mi país.

Mantuve correspondencia con mi novia, pero ha habido carta que tardó tres años en llegar a su destino. Y por eso, el año pasado vine a España. Creía que no iba a torear, pues mi propósito era casarme y volver con mi mujer a Méjico.

Arreglado el pleito taurino, el 4 de septiembre debuté en Aranjuez, alternando con El Estudiante y Manolete. Toreé catorce corridas, y aquí sigo hasta que se acabe la temporada, en que realizaré mi ilusión de casarme con Angeles Agüero.

—¿Dónde ha estado mejor en España?

—En Valladolid. Há sido, aquí, mi mejor tarde. No la olvidaré nunca, como no olvido Zaragoza, donde recibí mi bautismo español de sangre. En Méjico ya había tenido cinco cornadas grandes, pero la de Zaragoza no fué un rasguño.

TXIBIRISKO

CARTEL DE MALAGA



**CORRIDA DE BENEFICENCIA
TOROS DE TOVAR**

**CONCHITA CINTRON
EL ESTUDIANTE, CURRO CARO Y ALBAICIN**



GRAN costida la de Beneficencia en Malaga. Conchita Cintron, El Estudiante, Curro Caro y Albaicin, compicida el cartel. Siets toros de Tovar se lidiaban, a lo largo de los cuates, tanto la rejoneadora como los matadores, rivalizaron en maestria, gracia y cañita torera.

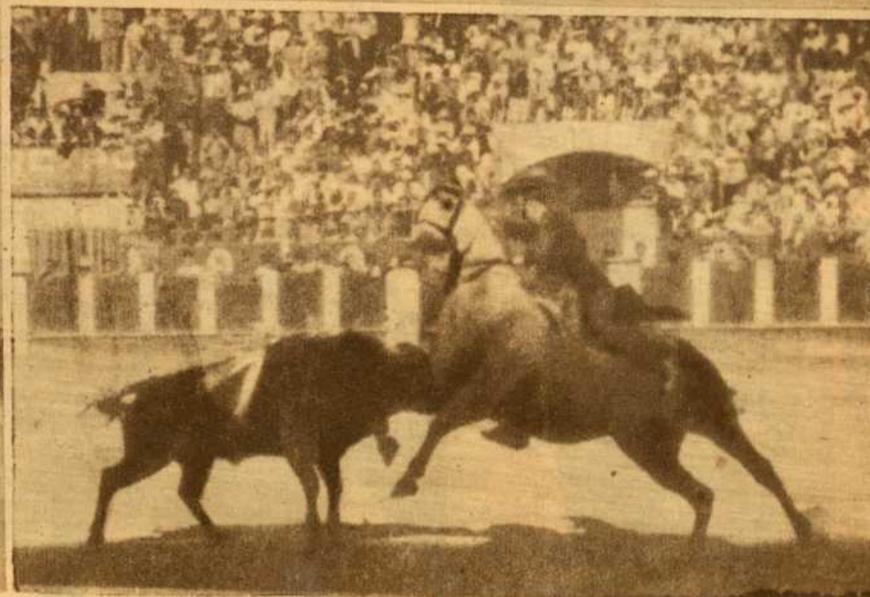
A la primera que le sonrió el triunfo fué a la gentil rejoneadora Conchita Cintron. Ella rompia plaza con el corraoleo de su jaca torera y para ella fueron las primeras palmas calorosas de un público que ya en aquellos momentos empezó a presentir la buena tarde que iba a saborear.

Luego fueron los tres matadores, que en cuantas ocasiones les fueran propicias dieron todo lo que llevaban dentro. Valor y arte se hermanaron con las salpicaduras del incomparable estilo del gitano, y los tres hubieron de desorejar a tres de sus enemigos. El Estudiante, en su segundo, —al que le cortó las dos—, y Curro Caro y Albaicin, en sus primeros.

En esta página damos la nota crítica del acontecimiento malagueño, por la que se puede apreciar el éxito alcanzado por Conchita Cintron y los tres matadores.

A la izquierda y de arriba abajo: Conchita Cintron, al frente de las cuadrillas, hace el despeje de plaza.—El Estudiante, con el pantalón de un monacabio, que tuvo que ponerse a causa de una cogida que tuvo en su segundo, da la vuelta al ruedo con las crejas y rabo de su enemigo.—El bello perfil de la rejoneadora, que espere, banderillas en mano, a que el toro es en suerte para clavar.

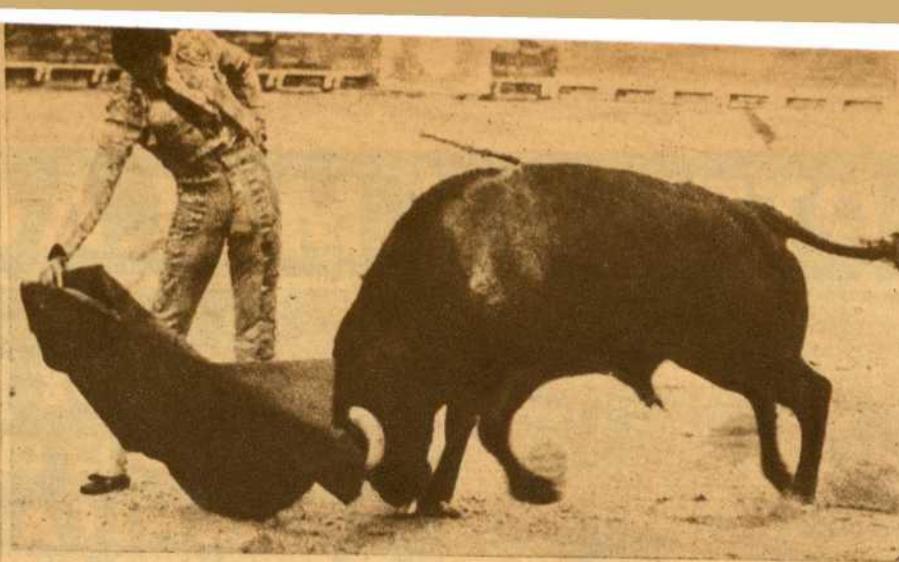
A la derecha y de arriba abajo: Curro Caro al iniciar la faena de su primer toro, Albaicin en su primero, y Conchita Cintron clavando un rejón.



PIDA
AURORA
Y BEBERA MANZANILLA



Domingo Ortega muestra al público las orejas de su toro mientras da la vuelta al ruedo



Luis Miguel Dominguín toreando de muleta por bajo a su primer toro



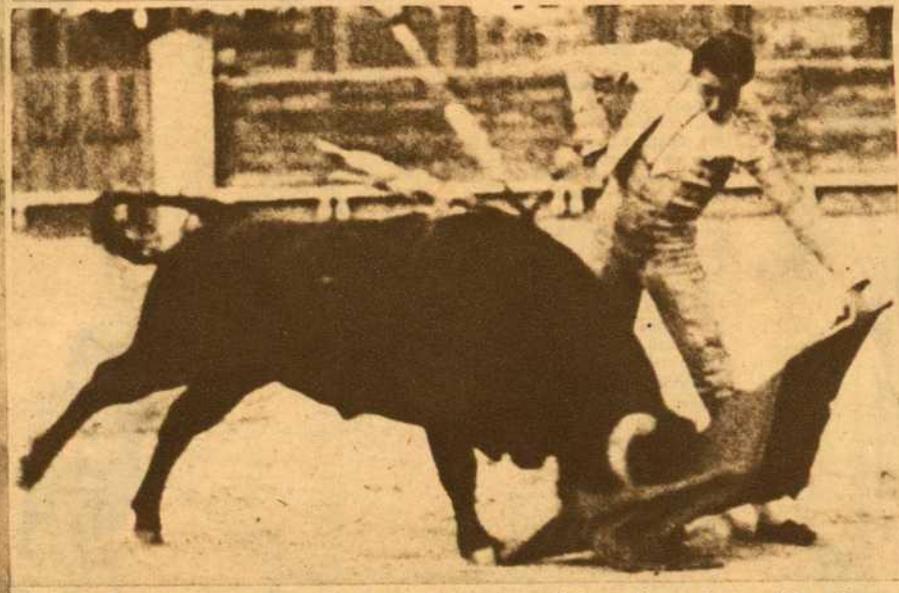
Armillita da la vuelta al ruedo después de cortar la oreja a su enemigo

EL DOMINGO, EN TOLEDO

Toros del Duque de Tovar, para Domingo Ortega, Armillita y Luis Miguel Dominguín



Domingo Ortega en la faena de muleta a su primer toro, al que cortó las dos orejas



Armillita torea al natural al toro del que cortó la oreja en la corrida celebrada en Toledo. El mejicano, junto con Domingo Ortega, tuvieron una gran tarde, que el público premió con largas ovaciones

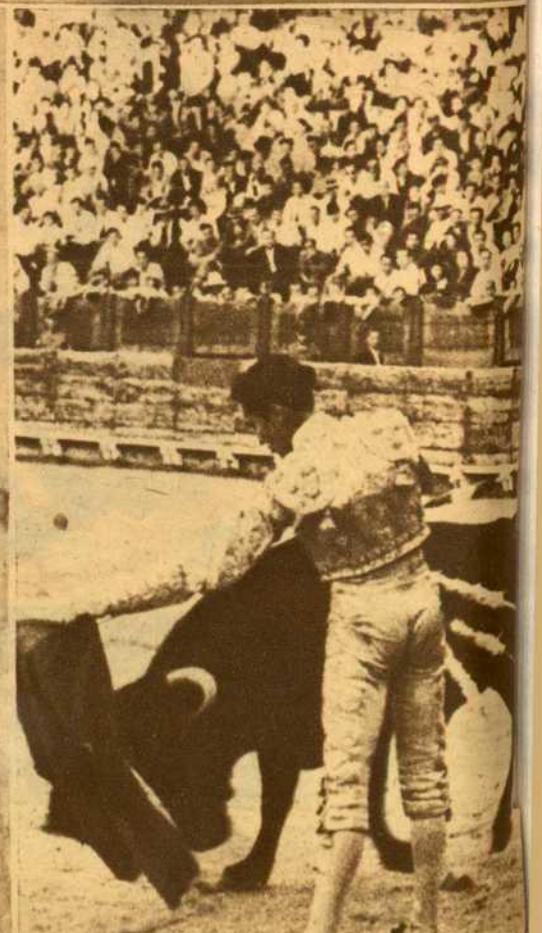
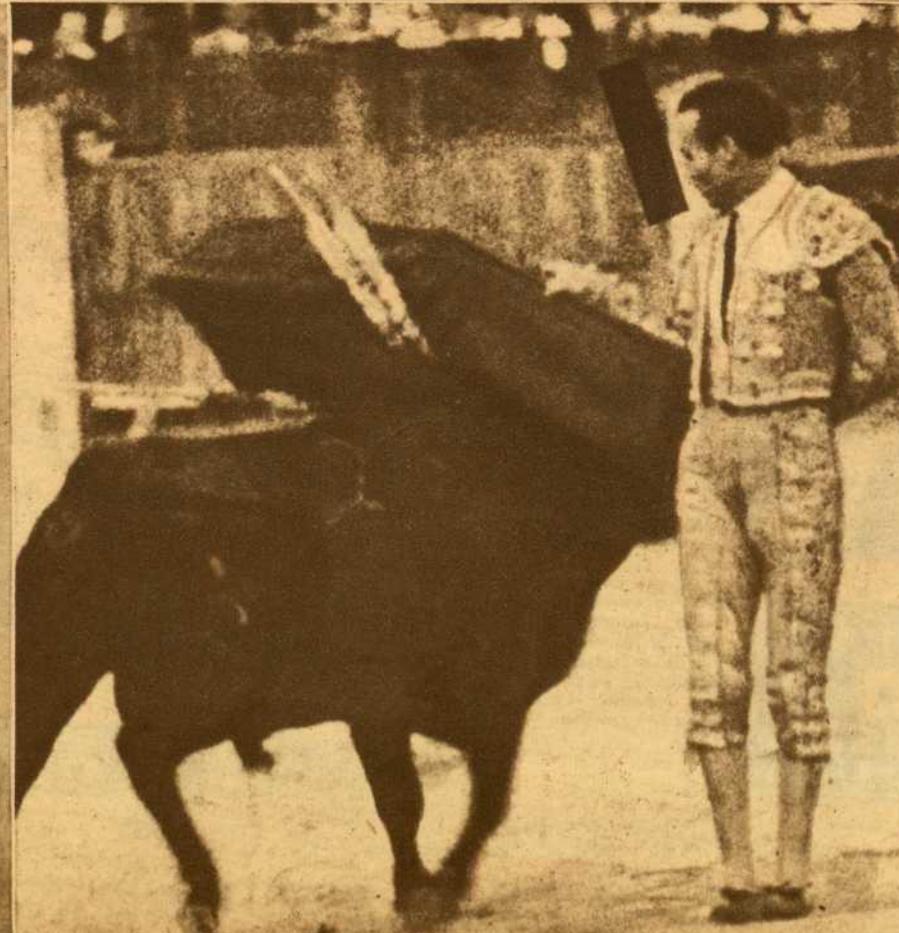


El de Borox sentado en el estribo, en espera de la salida del toro

Armillita citando al toro para poner banderillas

Domingo Ortega, que tuvo una gran tarde, estando magnífico en sus dos toros, torea a su segundo por manoleínas

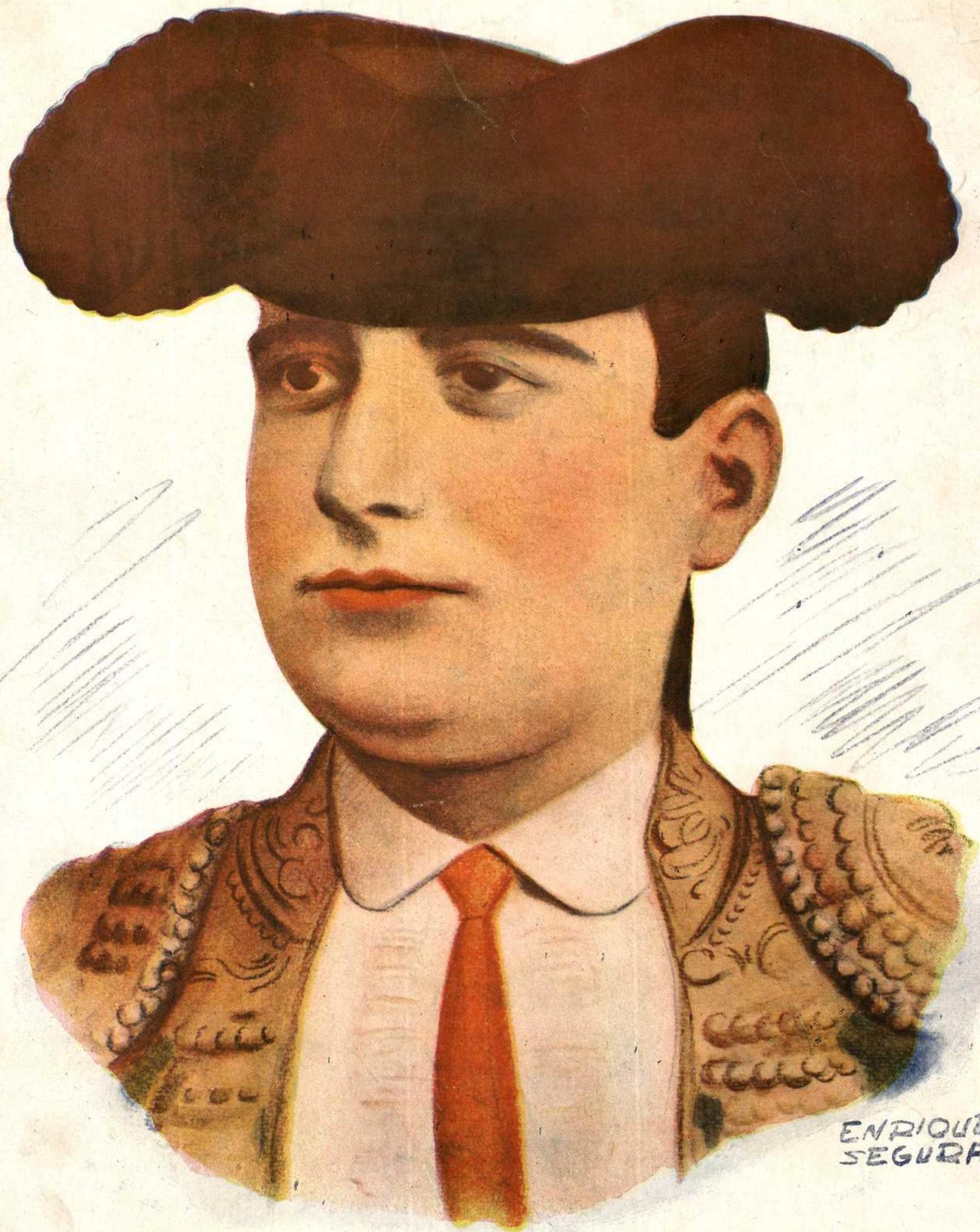
Luis Miguel Dominguín en un pase natural al sexto toro (Fots. Baldomero)



ENRIQUE
SEGURA



Apartado
(Dibujo de Enrique Segura.)



Toreros célebres: Miguel Báez, Litri
(Dibujo de Enrique Segura)

obsl.
L'Argus